

H.P. BLAVATSKY



ARTICULOS TEOSOFICOS

OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO TEOSOFICO

- I. La formación de un núcleo de Fraternidad Universal humana, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.

- II. El estudio comparativo de religiones, filosofías y ciencias, antiguas y modernas; y la demostración en la práctica de la importancia de ese estudio.

- III. La investigación de las leyes inexplicadas de la Naturaleza, y de los poderes psíquicos latentes en el hombre.

Prefacio

H.P.Blavatsky estaba profundamente consciente del efecto devastador ejercido sobre el pensamiento humano por el materialismo que el siglo XVIII legó al XIX; durante el cual se elaboraron las hipótesis de todas las ramas científicas. A menudo, Madame Blavatsky, tomó la oportunidad de transformar los descubrimientos de la investigación científica a su favor, para demostrar las verdades de la filosofía oculta. El artículo “La Mente Kósmica”, publicado en la revista “Lucifer” de Abril del 1890, muestra que el contenido de sus escritos no se limitaba, exclusivamente, a la divulgación de la antigua enseñanza. En este caso entresaca material inédito de la literatura científica, convirtiéndolo en pruebas que sustentan las proposiciones filosóficas de la Doctrina Secreta. A mayor abundamiento: en la vanguardia de la investigación científica, es capaz de encontrar más que un testigo que avale los principios que ella declara. A estos científicos, que siempre pertenecen a la minoría, les dirige términos particularmente agradecidos; ya que eran seres cuyas intuiciones muy penetrantes perforaban la corteza de la negación escéptica, induciéndoles a afirmar las ideas espirituales que sus investigaciones habían sugerido.

En el artículo “La Mente Kósmica”, H.P.B. abraza la causa del Vitalismo en la controversia biológica. Espiga de diferentes fuentes científicas para mostrar que los estudios del protoplasma y de simples formas de vidas como las amebas, rebosan de observaciones que contradicen las teorías mecanicistas. Al usar esta prueba como base, en concomitancia con las declaraciones de científicos filósofos, a fin de indicar el camino para el pensamiento moderno, ella es capaz de revelar cómo la filosofía y el simbolismo antiguos reflejaban el conocimiento diáfano de estas leyes acerca del comportamiento de los organismos.

Probablemente, el artículo: “Diálogo sobre los Misterios de los Estados después de la Muerte”, es la discusión más iluminadora, en la literatura teosófica, tocante a la constitución septenaria humana. Apareció en el “Lucifer” de Enero del 1889 y contiene un análisis de los siete principios según su función, ilustrando, constantemente, la clase de pensamiento ofrecida al estudiante para adquirir una mejor comprensión de la naturaleza humana. En ningún otro sitio se encuentra una explicación tan clara de *Manastajasi* y del poder autodeterminante del ego, respecto a sus futuros estados de conciencia. Se explora la cuestión debatida del “sufrimiento inmerecido”, elaborando una distinción clarificadora entre el ego inmortal que reencarna y la conciencia personal que el ser humano posee durante su vida terrenal. Los estudiantes se percatarán que aquí, la autora, considera más extensamente los tópicos tratados en el libro “La Clave De La Teosofía”, en la sección sobre los estados después de la muerte.

El eminente médico ruso N.I. Pirogoff, es uno de los que H.P.B. cita en el artículo “La Mente Kósmica”, publicado en el “Lucifer” de Abril 1890. Algunos meses después, H.P.B., como editora del “Lucifer”, decidió presentar a sus lectores una serie de extractos de “Las Memorias” del Doctor Pirogoff, publicadas póstumamente en Rusia. Entonces tradujo y publicó una decena de dichos extractos, cada uno de los cuales apareció mensualmente en el “Lucifer”, a partir de Diciembre 1890, hasta Octubre 1891 (después de la muerte de Madame Blavatsky). En un escolio editorial, al principio de esta serie de extractos, explicó que dichos escritos corroboraban la prueba presentada en el artículo “La Mente Kósmica”, mostrando: “que las ideas de un gran científico se acercaban mucho a las enseñanzas ocultas de la Teosofía.” Las ideas del Doctor Pirogoff incluían la concepción de la mente universal y la de una “Fuerza Vital distinta, independiente de cualquier proceso físico o químico.” Su diario es interesante; ya que confirma lo que H.P.B. dice acerca de la posición de este médico. Sin embargo, hoy en día, la parte más valorable de dicha contribución al “Lucifer”, consiste en las pocas notas y comentarios dispersos en la revista. Uno de estos, insertado en una declaración en la parte final de los extractos del diario de Pirogoff (“Lucifer”, Octubre 1891), considera la opinión del doctor según la cual los seres humanos pueden tener percepciones plenamente conscientes que son “tan evanescentes, que desaparecen casi instantáneamente del círculo de nuestra actividad consciente y nuestra memoria no los retiene.” H.P.B. desafía directamente esta declaración, considerándola inaceptable para un Ocultista Oriental, según el cual, nada de lo que sucede puede perderse. Las observaciones de H.P.B. sobre el tópico de la Memoria, tienen la coherencia de un breve artículo, aquí incluido con el título: “Una Observación Sobre La Memoria.”

El artículo “La Ciencia De La Vida”, es una ilustración acertada de la íntima interdependencia de los aspectos éticos y morales de la vida, incluyendo consideraciones científicas y filosóficas en el pensamiento teosófico. En este artículo, publicado en el “Lucifer” de Noviembre del 1887, H.P.B. traduce

de otro autor ruso, Tolstoi, para mostrar la gran afinidad de pensamiento entre las enseñanzas teosóficas y la que el ilustre autor y reformador exhibe en una conferencia en la sociedad psicológica moscovita. Esta no es la primera vez que H.P.B. otorga a Tolstoi especial atención. Lo menciona en el editorial del “Lucifer”: “El Ciclo Se Mueve” (Marzo 1890), en otro titulado “Diagnósticos y Paliativos” (“Lucifer”, Julio 1890) y en un artículo dedicado a su “Cristianismo Antieclesiástico” (“Lucifer”, Septiembre 1890).

H.P.B., en sus discusiones sobre la erudición y las especulaciones arqueológicas occidentales, exhibe una cualidad única: su rechazo a someterse sumisamente a las autoridades modernas, las cuales no saben nada de las doctrinas ocultas ni de las fuentes de que éstas se alimentan. Tal ejemplo es de importancia vital para los estudiantes de Teosofía; ya que los Teósofos del tiempo de H.P.B. y también sucesivamente, a menudo han demostrado una excesiva disposición a negociar sus convicciones en presencia de autoridades mundanas. Consideró necesario declarar, constantemente, la prelación de los antiguos filósofos, la autenticidad y la fiabilidad de sus conclusiones, aunque expresadas en un idioma que los eruditos modernos no comprendían o no querían comprender. Una declaración de este tipo es el artículo “La Mente En La Naturaleza”, que se publicó en el “Lucifer” de Septiembre del 1896, más de cinco años después de la muerte de H.P.B.

La Mente Cósmica¹

Cualquier cosa que abandone el estado de *Laya* (homogeneidad), se convierte en vida activa y consciente. La conciencia individual emana de la conciencia Absoluta, que es Movimiento eterno y a ella vuelve. (Axiomas Esotéricos).

Cualquier cosa que es lo que piensa, entiende, quiere y actúa, es algo celestial y divino, motivo por el cual debe ser, necesariamente, eterno. (Cicerón)

En nuestro editorial de Marzo, citamos la concepción de Edison acerca de la materia. G.Parsons Lathrop, en la revista “Harper’s Magazine”, escribe que, según la creencia personal del gran científico americano de la electricidad: “los átomos poseen un cierto coeficiente de inteligencia” y luego agrega otras quimeras de tal género. Este vuelo de la imaginación, indujo al número de Febrero de la revista “Review of Reviews”, a llamar a capítulo al inventor del fonógrafo, sometiendo la siguiente crítica: “Edison se ha entregado a los sueños, su imaginación científica está trabajando incesantemente.”

Ojalá que los científicos ejercieran su “imaginación científica” un poco más y sus negaciones dogmáticas y frías, un poco menos. Hay diferentes clases de sueños. En ese extraño estado del ser, a menudo uno percibe más hechos reales que durante la vigilia y, según Byron, nos proyecta en una posición “con los ojos sellados, para ver.” La imaginación es uno de los elementos más poderosos en la naturaleza humana o, en las palabras de Dugald Stewart: “es la gran fuente de la actividad humana y el principal manantial del mejoramiento humano [...] Si destruimos dicha facultad, la condición humana se tornará tan estancada como la de los animales.” Es el mejor guía de nuestros sentidos ciegos, sin el cual, estos nunca nos conducirán más allá de la materia y sus ilusiones. Los descubrimientos más grandiosos de la ciencia moderna se deben a la facultad imaginativa de los descubridores. Sin embargo, ¿cuándo se ha postulado algo nuevo, cuándo se ha presentado una teoría antitética y contradictoria con la predecesora, ya afincada en su cómodo nicho, sin que la ciencia ortodoxa la aplastara, tratando de aniquilarla? Al principio, aun Harvey era considerado un “soñador” y, además, un loco. En último análisis, a toda la ciencia moderna la constituye un conjunto de “hipótesis”, los frutos de la “imaginación científica”, repitiendo la feliz expresión de Tyndall.

¿La idea de que la conciencia existe en todo átomo universal y la posibilidad que el ser humano controle completamente las células y los átomos corporales, debería ser descartada como un sueño, sólo porque los papas de la ciencia no han otorgado a la conciencia y a dicha posibilidad, el sello de aprobación? El Ocultismo enseña lo mismo, diciéndonos que cada átomo, como la mónada de Leibnitz [filósofo alemán], es un pequeño universo en sí y cada órgano y célula corporal posee un cerebro propio dotado de memoria y, consecuentemente, de experiencia y poderes discernidores. La idea de la Vida Universal, compuesta de vidas atómicas universales, es una de las enseñanzas más antiguas de la filosofía esotérica y la hipótesis de la ciencia moderna de la *vida de los cristales* es el primer rayo, desde la estrella antigua del conocimiento, que ha alcanzado a nuestros eruditos. ¿Si es posible demostrar que las plantas tienen nervios, sensaciones e instinto (sólo otro nombre de la conciencia), por qué no conceder lo mismo a las células del cuerpo humano? La ciencia divide la materia en cuerpos orgánicos e inorgánicos, sólo porque rechaza la idea de la *vida absoluta* y de un principio vital como entidad. De otra manera, sería la primera en constatar que la *vida absoluta* no puede producir, ni siquiera, un punto geométrico o un átomo inorgánico en su esencia. Sin embargo, según los científicos, el Ocultismo “enseña los misterios”, que son la *negación del sentido común*, así como la metafísica es una especie de poesía para Tyndall. La ciencia no admite ningún misterio y dado que el Principio Vital es y debe permanecer, para los intelectos de nuestras razas civilizadas, un misterio perenne *en las líneas físicas*, los que consideran esta cuestión tienen que ser, necesariamente, orates o embusteros.

¹ H.P.B. emplea el término Cosmos (con C), refiriéndose sólo al Cosmos visible: nuestro sistema solar; mientras que, cuando lo deletrea con K, Kosmos, implica la manifestación manvantárica integral, el Kosmos universal, del cual participa nuestro sistema planetario. (N.d.T.)

Esta es la situación. Sin embargo, podemos hacer eco a las palabras de un predicador francés: “el misterio es la fatalidad de la ciencia.” Los misterios inalcanzables y eternamente impenetrables rodean a la ciencia, sitiándola. ¿Por qué? Simplemente porque la ciencia física se autocondena a un adelanto parecido a un círculo vicioso, alrededor de la rueda de la materia, limitada por nuestros cinco sentidos. Aunque la ciencia se confiese ignorante acerca de la formación de la materia y de la generación de una célula y si bien no pueda explicar lo que es ésto, aquéllo y lo otro, sigue dogmatizando, insistiendo en lo que la vida, la materia y todo el resto no es. En síntesis, las palabras del Padre Félix, que dirigió hace cincuenta años a los académicos franceses, casi se han convertido en una verdad inmortal. “Caballeros”, él dijo, “ustedes nos echan en cara que nosotros enseñamos los misterios; sin embargo, pueden imaginarse cualquier clase de ciencia que les plazca y seguir el magnífico radio de sus deducciones [...] mas cuando lleguen a su fuente madre, ¡se encararán con lo desconocido!”

A fin de dirimir, de una vez por todas, la debatida cuestión en las mentes de los teósofos, nos proponemos probar que la ciencia moderna, debido a la fisiología, está al punto de descubrir que la conciencia es universal, justificando, entonces, los “sueños” de Edison. Antes de hacer esto, queremos también mostrar que, si bien muchos científicos están embebidos con tal creencia, son muy pocos los intrépidos dispuestos a admitirla abiertamente, como en el caso de las “Memorias” póstumas del Doctor Pirogoff de San Petersburgo, egregio cirujano y patólogo, las cuales levantaron mucho clamor entre sus colegas indignados. Entonces, el público se pregunta, ¿cómo es posible que el Doctor Pirogoff, considerado casi el epítome de la erudición europea, crea en las supersticiones de los alquimistas desquiciados? Es aquél que, en la revista rusa “Novoye Vremya” de 1887, un contemporáneo lo describe como:

La encarnación de la ciencia exacta y de los métodos de pensamiento. Ha diseccionado centenares de miles de órganos humanos, familiarizándose con todos los misterios quirúrgicos y anatómicos, así como nosotros conocemos nuestros muebles. Es el científico por el cual la fisiología no tiene secretos y a quien, sobre todos los hombres, Voltaire hubiera preguntado irónicamente, si acaso no hubiese encontrado el alma inmortal entre la vesícula y el intestino ciego. Después de la muerte de Pirogoff se descubre que dedicó muchos capítulos literarios de su testamento a la demostración científica [...].

¿La demostración científica de qué? De la existencia, en cada organismo, de una “Fuerza Vital” *distinta*, independiente de cualquier proceso físico o químico. Análogamente a Liebig, aceptó la homogeneidad de la naturaleza, un Principio Vital, objeto de ridículo y escarnio, esa teleología perseguida y desdichada o la ciencia de las causas finales de la vida, que es tan filosófica como *anticientífica*, si tuviéramos que creer en las academias reales e imperiales. Según la ciencia dogmática moderna, el pecado imperdonable de Pirogoff era que, el gran anatomista y cirujano, tuvo la “intrepidez” de declarar, en sus “Memorias”, que:

No hay ninguna causa que nos induzca a rechazar la posibilidad de la existencia de organismos dotados de propiedades que los convertirían en la *encarnación directa de la mente universal*, una perfección inaccesible para nuestra mente (humana) [...] Porque no tenemos ningún derecho a decir que el ser humano es la expresión última del divino pensamiento creador.

Estos son los aspectos principales de la herejía de una de las estrellas científicas de nuestra era. Sus “Memorias”, no sólo muestran claramente que creía en la Deidad Universal, la Ideación divina o el “pensamiento Divino” hermético y en un Principio Vital, sino que enseñó todo esto y trató de demostrarlo científicamente. Por lo tanto arguye que, la Mente Universal no necesita ningún cerebro físico-químico o mecánico como órgano transmisor. Se extiende hasta el punto de admitir, con estas palabras sugestivas, lo siguiente.

Nuestra razón debe aceptar, *en toda necesidad*, una Mente infinita y eterna, la cual rige y gobierna el océano de la vida [...] *El pensamiento y la ideación creativa, en plena armonía con las leyes de unidad y causación, se manifiestan, nítidamente, en la vida universal sin la participación de la escoria cerebral [...]* Este *principio vital organizador*, al dirigir las fuerzas y los elementales hacia la formación de los organismos, llega a ser *sensitivo, auto consciente, racial o individual*. La sustancia, gobernada y *dirigida por el principio vital*, se organiza en ciertos tipos, *según un plano general definido [...]*

Pirogoff explica esta creencia confesando que jamás, durante su larga vida entregada al estudio, a la observación y a los experimentos, pudo

convencerse que el cerebro podía ser el único órgano de pensamiento en todo el universo; que todo en este mundo, excepto *ese* órgano, debía ser incondicionado e irracional y que sólo el pensamiento humano debía impartir al universo un sentido y una armonía razonable en su integridad.

En lo que concierne al materialismo de Moleschott, agrega:

A pesar de cuanto pescado y granos pueda consumir, jamás consentiré en degradar mi *Ego* en un vil cautiverio de un producto que la *alquimia* moderna, casualmente, extrae de la orina. Si en nuestras concepciones del universo estamos destinados a ilusionarnos, mi “ilusión” goza, al menos, de la ventaja de ser muy consoladora; ya que me muestra un Universo inteligente y la actividad de Fuerzas que trabajan en éste de forma armónica e inteligente y que mi “yo” no es el producto de elementos químicos e histológicos; sino que es *la encarnación de una Mente universal común*, la cual, según percibo, actúa siguiendo su libre albedrío y conciencia, en armonía con las mismas leyes que se trazan para guiar mi mente, exentas, sólo, de aquel freno que traba nuestra humana individualidad consciente.

En efecto, según las observaciones de este gran científico filósofo:

Lo ilimitado y lo eterno no es sencillamente un postulado mental e intelectual, sino que es un hecho intrínsecamente gigantesco. ¿Qué acontecería a nuestros principios morales y éticos, si no tuviesen como base la eterna e integral verdad?

Los extractos seleccionados y traducidos textualmente de las confesiones de uno que, durante su larga vida fue un astro de primera magnitud en los campos de la patología y cirugía, muestran su completa sumersión en la filosofía de un misticismo razonado y científico. Al leer las “Memorias” de ese científico famoso, nos sentimos orgullosos al ver que acepta, casi completamente, las doctrinas y las creencias fundamentales de la Teosofía. Con una mente científica de este calibre en las filas de los místicos, las risas irónicas, las sátiras y los escarnecimientos baratos de nuestra grandiosa Filosofía por algunos “librepensadores” europeos y americanos, se convierten casi en un elogio. Nos recuerdan, más que nunca, el grito despavorido y desafinado de la lechuza que se apresura a buscar refugio, en las ruinas oscuras, antes de que se levante el Sol.

Como acabamos de decir, el mismo progreso de la fisiología, es una garantía segura de que pronto rayará el día en que el pleno reconocimiento de una mente difundida de forma universal, será un hecho cumplido. Es *sólo* una cuestión de tiempo.

Tememos que existe una profunda contradicción entre el objetivo confesado y las especulaciones de algunos de nuestros mejores fisiólogos modernos; a pesar de que la fisiología se ufane diciendo que el fin de sus investigaciones es, simplemente, el epílogo de toda función vital, para insertarlas en un orden definido, mostrando sus relaciones mutuas con las leyes de la física y la química; y de aquí, en su forma final, con las leyes mecánicas. Si bien pocos, entre ellos, se atreverían a volver, tan abiertamente como lo ha hecho Pirogoff, a las “supersticiones desacreditadas” del *vitalismo* y del principio vital, el *principio de la vida* de Paracelso, al cual se le desterró severamente; aún, delante de ciertos hechos, la fisiología se queda perpleja en la cara de sus representantes más hábiles. Desafortunadamente, esta nuestra edad no facilita el desarrollo de la osadía moral. Aun no ha sonado la hora para que la mayoría actúe según la noble idea de los “principios y no los conceptos personales.”² Sin embargo, existen excepciones a la regla general y la fisiología, cuyo destino es el de convertirse en la colaboradora de las verdades Ocultas, no ha permitido que estas últimas se quedaran sin sus testigos. Algunos ya están protestando con vigor contra ciertas proposiciones hasta la fecha favoritas. Por ejemplo: ciertos fisiólogos están negando que las fuerzas y las substancias de la llamada naturaleza “inanimada” son las que actúan, exclusivamente, en los seres humanos. Su argumento bien fundado es lo siguiente:

El hecho de que rechazamos la interferencia de otras fuerzas en las cosas vivientes, *depende, enteramente, de las limitaciones de nuestros sentidos*. En realidad, usamos los mismos órganos para observar la naturaleza animada e inanimada, los cuales pueden recibir manifestaciones de un sólo campo de movimiento limitado. Las vibraciones que pasan a lo largo de las fibras de nuestros nervios ópticos hasta el cerebro, alcanzan nuestras percepciones mediante nuestra conciencia, bajo la forma de sensaciones luminosas y coloreadas. Las vibraciones que afectan a nuestra conciencia a través de nuestros órganos auditivos nos parecen sonidos. Todos nuestros sentimientos, por medio de cualquiera de nuestros sentidos, se deben simplemente a los movimientos.

² En el original es en latín: “principia non homines.”

Estas son las enseñanzas de la ciencia física y tales eran, en los bosquejos más aproximativos, aquellas del Ocultismo hace unos eones y milenios. Sin embargo, la diferencia y la distinción más vital entre las dos enseñanzas es la siguiente: la ciencia oficial percibe, en el movimiento, simplemente una fuerza o ley ciega e irracional, mientras el Ocultismo, remontándose al origen de este último, lo identifica con la Deidad Universal, llamando esta moción eterna e incesante, el “Gran Aliento.”³

A pesar de la concepción limitada de la ciencia moderna acerca de dicha Fuerza, es algo sugestivo que haya producido las siguientes observaciones de un egregio científico, el actual profesor de fisiología en la universidad de Basilea,⁴ el cual habla como un Ocultista.

Sería una locura si, valiéndonos sólo del auxilio de nuestros sentidos externos, esperáramos descubrir, en la naturaleza animada, ese algo que no podemos encontrar en la inanimada.

Entonces el orador agrega que el ser humano, además de los sentidos físicos, está dotado de uno *interno*”, una percepción que le suministra la posibilidad de observar los estados y los fenómenos de su conciencia, “debe usar *éste* para relacionarse con la naturaleza animada”, una profesión de fe que roza, suspicazmente, los linderos del Ocultismo. Además, él niega la suposición, según la cual, los estados y los fenómenos de la conciencia representan, sustancialmente, las mismas manifestaciones de movimiento del mundo externo, fundando su negación recordándonos que no todos estos estados y manifestaciones tienen, necesariamente, una extensión espacial. Según él, esto sólo se relaciona con nuestra concepción de espacio que ha alcanzado nuestra conciencia a través de la vista, el tacto y el sentido muscular, mientras todos los otros sentidos, todos los *efectos*, las tendencias y las series interminables de representaciones, no se extienden en el espacio, sino sólo en el tiempo.

Por lo tanto, él pregunta:

¿Dónde cabe una teoría mecánica en lo antedicho? Los contrincantes pueden rebatir que esto es así sólo en apariencia, mientras en realidad, todos estos tienen una extensión espacial. Pero tal argumento sería completamente erróneo. Nuestra única razón para creer que los objetos percibidos por los sentidos poseen tal extensión en el mundo externo, estriba en la idea de que parecen hacerlo hasta donde pueden observarse, mediante los sentidos de la vista y del tacto. Sin embargo, en lo que versa sobre nuestros sentidos *internos*; aun esta presunta base pierde su fuerza y no hay terreno para admitirla.

El argumento con el cual el conferenciante concluye su presentación es muy interesante para los teósofos. Este fisiólogo de la escuela moderna del Materialismo dice:

Por lo tanto, al familiarizarnos de forma más profunda y directa con *nuestra naturaleza interna*, descubrimos un mundo *completamente disímil del que nos muestran nuestros sentidos externos*, revela las facultades más heterogéneas, muestra objetos exentos de la extensión espacial y fenómenos absolutamente inconexos con los que caen bajo las leyes mecánicas.

Hasta la fecha, los oponentes del vitalismo y del “principio vital”, en conjunto con los seguidores de la teoría mecánica de la vida, basaban sus conceptos en el presunto hecho de que, como la fisiología adelantaba, sus estudiantes lograban, más y más, coligar sus funciones con las leyes de la *materia ciega*. Según ellos, todas estas manifestaciones que se solían atribuir a una “fuerza vital mística”, ahora podían integrarse bajo las leyes físicas y químicas. Esto es lo que aconteció y aún claman, enfáticamente, por el reconocimiento del hecho de que es sólo una cuestión de tiempo para que se demuestre, triunfalmente, que todo el proceso vital, en su inmensa totalidad, representa nada más misterioso que un fenómeno de movimiento muy complicado, regido, exclusivamente, por las fuerzas de la materia inanimada.

Pero he aquí un profesor de fisiología según el cual, desafortunadamente para los científicos, la historia de la fisiología demuestra lo contrario y así pronuncia estas palabras ominosas:

Sostengo que, mientras más exactos y polifacéticos son nuestros experimentos y observaciones, más profundamente penetramos en los hechos. Mientras más tratamos de sondear y especular sobre los fenómenos de la vida y más nos convencemos que aun esos fenómenos que esperábamos poder ya explicar, valiéndonos de las leyes físicas y químicas, *en realidad son insondables*. En efecto, son ampliamente más complicados y, por el momento, *no serán elucidados por ninguna explicación mecánica*.

Este es un golpe terrible asestado a la vejiga entumecida, que se le conoce como materialismo, tan vacío como dilatado. Un Judas en el campo de los apóstoles de la negación, ¡los “animalistas”! Sin embargo,

³ Véase “La Doctrina Secreta”, primeras páginas del Volumen 1.

⁴ De un escrito que él leyó, hace algún tiempo, durante una conferencia pública.

como acabamos de mostrar, el profesor de Basilea no es una excepción solitaria, sino que hay varios fisiólogos que comparten sus ideas. En realidad, algunos de ellos se extienden al punto de aceptar, casi, el *libre albedrío* y la *conciencia* ¡en los protoplasmas monádicos más simples!

Un descubrimiento después de otro, tiende hacia esta dirección. Los trabajos de algunos fisiólogos alemanes son particularmente interesantes, en lo que atañe a casos de conciencia y discernimiento cierto, al punto que uno, casi está inclinado a decir que las amebas *piensan*. Ahora bien, como todos saben, las amebas son protoplasmas microscópicos, análogamente a la *vampyrella sirogyra*, una célula muy simple y elemental, una gota protoplásmica informe y casi sin estructura. Sin embargo, su comportamiento muestra algo que, si los zoólogos no llaman mente y poder razonador, deberán encontrar alguna otra calificación y un neologismo. Veamos lo que Cienkowsky⁵ dice al respecto. Al hablar de esta célula microscópica, simple y rojiza, describe su manera de buscar y encontrar, entre una variedad de plantas acuáticas, la *spirogyra*, rechazando cualquier otro alimento. Al examinar sus peregrinajes bajo un poderoso microscopio, él descubrió que cuando está hambrienta, proyecta, primero, sus *pseudopodiae* (pies falsos), mediante los cuales reptar. Luego empieza a vagar hasta que, entre una gran variedad de plantas, encuentra una *spirogyra*, entonces, se dirige hacia la porción celular de una de las células de la misma, colocándose sobre ésta. Después, desgarrar los tejidos y bebe los contenidos de una célula para pasar, luego, a otra, repitiendo el mismo proceso. El naturalista jamás la vió alimentarse de algo diferente y nunca tocó una de las numerosas plantas de las que Cienkowsky puso en su camino. El naturalista, al mencionar otra ameba, la *colpadella pugnax*, descubrió que tenía la misma predilección por las *chlamydomonas*, de las cuales se alimenta exclusivamente. Esto es lo que él escribe acerca de su observación: “al haber perforado el cuerpo de la *chlamydomonas*, bebe su clorofila y después se aleja. El comportamiento de estas mónadas, durante su búsqueda por el alimento y su consumación, es tan pasmoso que, casi induce una persona a ver en ellas ¡seres que actúan conscientemente!”

No menos significativas son las observaciones expresadas por Th.W.Engelman en “Historia de la Fisiología del Protoplasma”, sobre el *Arcella*, otro organismo unicelular levemente más complicado que la *Vampyrella*. En su experimento la pone en una gota de agua bajo un microscopio sobre un vidrio, colocándola, por así decirlo, boca arriba, en su lado convexo, así que los pies falsos (*pseudopodiae*) que se proyectan de un lado de la cáscara, no encuentran por donde aferrarse en el espacio, dejando a la ameba impotente. En esta coyuntura se observa el siguiente hecho curioso. Inmediatamente, por debajo de un borde de uno de los lados del protoplasma, empiezan a formarse burbujas de gas las cuales, al alivianar este lado, permiten a la ameba levantarse y, al mismo tiempo, ponen en contacto el lado opuesto de la criatura con el vidrio, proporcionando a sus *pseudos* pies, una superficie a la cual asirse para volcar su cuerpo y alzarse en todos sus *pseudopodiae*. Después, la ameba deshinchas las burbujas de gas y, contrayéndolas en sí, empieza a moverse. Si en la extremidad inferior del vidrio se colocara una gota de agua similar, la ameba, siguiendo la ley de gravedad se encontrará, primero, en la parte final más baja de la gota y, no pudiendo hallar un punto de apoyo, generará amplias burbujas de gas y, una vez que se vuelve más liviana que el agua, se eleva sobre la superficie de la gota.

Engelman escribe:

Si la ameba, una vez alcanzada la superficie del vidrio, sigue sin encontrar una base para sus pies, las burbujas de gas empiezan a reducirse en un lado y aumentar del otro o en ambos, hasta que la criatura toca, con el borde de su concha, la superficie del vidrio, permitiéndole voltearse. Tan pronto como esto acontece, las burbujas de gas desaparecen y las *Arcellas* empiezan a reptar. Si con una aguja sutil las despegamos de la superficie del vidrio, colocándolas nuevamente en la superficie inferior de la gota de agua, repetirán, de inmediato, el mismo proceso variando los detalles según la necesidad y elaborando nuevos medios para alcanzar la meta deseada. No obstante todas las tentativas de situarlas en posiciones incómodas, ellas encontrarán los medios para desenmarañarse, valiéndose, cada vez, de un artificio o de otro. En cuanto lo logran, ¡las burbujas de gas desaparecen! Es imposible refutar que tales hechos *indican la presencia de algún proceso Psíquico en el protoplasma*.

Entre la cornucopia de acusaciones contra las naciones asiáticas por tener *supersticiones* degradantes que estriban en la “ignorancia crasa”, se destaca una por su seriedad, la cual los acusa y los condena de personificar y *aun de endiosar* los órganos principales *del y en* el cuerpo humano. ¿Acaso no oímos a

⁵ L. Cienkowsky. Véase su trabajo “Historia de la Naturaleza de las Mónadas”.

estos hindúes, “paganos insensatos”, hablar de la viruela como si fuera una diosa, personificando los microbios de este virus? ¿Acaso no leemos sobre los *Tántrikas*, una secta de místicos, los cuales denominan los nervios, las células y las arterias, relacionando e identificando las variadas partes corporales con las deidades, dotando las funciones y los procesos fisiológicos de inteligencia y así sucesivamente? Las vértebras, las fibras y los ganglios de la columna; el corazón, sus cuatro cámaras, la aurícula, el ventrículo, las válvulas y el resto; el estómago, el hígado, los pulmones y el bazo, tienen todos sus nombres divinos y se cree *que actúan conscientemente* y bajo la poderosa voluntad del Yogui, cuya cabeza y corazón son los asientos de Brahmâ y las diferentes partes de cuyo cuerpo ¡son el terreno de esparcimiento de una que otra divinidad!

A esto se le tilda de verdadera *ignorancia*. Especialmente cuando pensamos que dichos órganos y el cuerpo humano en su totalidad, están compuestos por células a las cuales ahora se les reconoce como organismos individuales y, quizá, ¡un día se admitirá que son *una raza independiente de pensadores* que habitan el globo llamado ser humano! Así parece, ya que, ¿no se creía, hasta la fecha, que las leyes de difusión y endósmosis podían explicar todos los fenómenos de asimilación y absorción alimental por el canal intestinal? Sin embargo, ahora los fisiólogos acaban de aprender que la acción del canal intestinal, durante la absorción, no es idéntica a la acción de la membrana no viva en el dializador⁶. Ahora se ha demostrado que:

“dicha pared está cubierta por células de epitelio, cada una de las cuales es un organismo *en sí*, un ser viviente con funciones muy complejas. Además sabemos que, por medio de contracciones activas de su cuerpo protoplásmico, estas células asimilan el alimento de forma tan misteriosa como la que notamos en la ameba independiente y los animálculos. En el epitelio intestinal de los animales con sangre fría, observamos cómo estas células proyectan extremidades, *pseudopodiae*, de sus cuerpos contráctiles, desnudos y protoplásmicos. Estos falsos pies extraen del alimento las gotas de grasa, la absorben en su protoplasma, enviándolas al canal linfático [...] Las células linfáticas, emergiendo de los nidos del tejido adiposo e infiltrándose por las células del epitelio, hasta la superficie de los intestinos, absorben las gotas de grasa y una vez que se han colmado, se dirigen hacia su casa, los canales linfáticos. Hasta que desconocíamos este trabajo activo de las células, no había manera de explicar el hecho de que, mientras los glóbulos de grasa penetraban por las paredes del intestino, en los canales linfáticos, los granos pigmentados más diminutos introducidos en los intestinos no se comportaban de la misma forma. Actualmente, sabemos que dicha facultad de escoger su alimento particular, asimilando lo útil, rechazando lo inútil y lo dañino, es común a todos los organismos unicelulares.”⁷

Por lo tanto, el lector se preguntará: ¿si las células más simples y elementales, *gotas* protoplásmicas informes y sin estructura, saben *discernir* cuál alimento absorber, por qué esto no debería acontecer, también, en las células del epitelio de nuestro canal intestinal? Entonces, ¿si la *vampyrella*, como acabamos de mostrar, reconoce su amada *Spirogyra* entre centenares de otras plantas, por qué la célula del epitelio no debería *percibir, escoger y seleccionar* su gota favorita de grasa de un grano pigmentado? Se nos dice que “percibir, escoger y seleccionar” es privativo de los seres racionales o del *instinto* de animales más organizados que la célula protoplásmica fuera o dentro del cuerpo humano. Por supuesto; según lo traducido de la conferencia de un fisiólogo erudito y de las obras de otros naturalistas letrados, podemos simplemente decir que estos catedráticos deben saber de qué están hablando; aunque ignoran, probablemente, que su prosa *científica* se distancia sólo un grado de las “insensateces” *ignorantes y supersticiosas*, sin embargo poéticas, de los Yoguis hindúes y de los Tántrikas.

De todos modos, nuestro profesor de fisiología desacredita las teorías materialistas de difusión y endósmosis. Valiéndose de los hechos de un discernimiento evidente y una *mente* en las células, usa muchos ejemplos para demostrar la falacia de tratar de explicar ciertos procesos fisiológicos recurriendo a teorías mecánicas. Verbigracia: el pasaje del azúcar, desde el hígado, (donde se transforma en glucosa), a la sangre. A los fisiólogos se les dificulta explicar este proceso, *considerando imposible integrarlo en las leyes endosmósicas*. Muy probablemente, las células linfáticas desempeñan un papel tan activo durante la absorción de las sustancias disueltas en el agua, como lo de los pépticos, proceso demostrado por F.Hofmeister. Generalmente hablando, la pobre, pero conveniente endósmosis, se ha desentronizado y

⁶ Aparato para efectuar la diálisis.

⁷ Extracto de un escrito que el profesor de fisiología presentó a la Universidad de Basilea y previamente mencionado.

desterrado de entre los funcionarios activos del cuerpo humano, como un inútil beneficiario eclesiástico. Ya no tiene voz en el asunto de las glándulas y otros agentes de secreción, la acción en que las células del epitelio la han suplantado. El trabajo de las células consiste en las misteriosas facultades de selección, la extracción de la sangre de un tipo de substancia, rechazando otra, la transformación de la primera mediante la descomposición y la síntesis, la dirección de algunos productos en los pasajes que los excretarán del cuerpo y la orientación de otros en los vasos linfáticos y sanguíneos. Así, el fisiólogo de Basilea afirma: “*Es evidente que en estos procesos no se encuentra el más leve vestigio de la difusión o la endósmosis. Es completamente inútil tratar de explicar estos fenómenos mediante las leyes químicas.*”

¿Quizá la fisiología tenga más suerte en alguna otra vertiente? ¿No logrando ningún éxito en las leyes alimenticias, podría consolarse un poco en sus teorías mecánicas en la cuestión de la actividad muscular y nerviosa, que trató de explicar mediante las leyes eléctricas? Desdichadamente, exceptuando algunos peces, en ningún otro organismo, aun menos en el humano, se pudo encontrar posibilidad alguna para indicar las corrientes eléctricas como el factor regente principal. La electrobiología, siguiendo las líneas de la pura electricidad dinámica, ha fracasado egregiamente. Como desconoce “Fohat”, ninguna corriente eléctrica puede explicarle la actividad muscular o nerviosa.

Sin embargo, no hay que olvidar la existencia de la fisiología de las sensaciones externas. Ya ésta no es tierra desconocida y dichos fenómenos se han explicado *físicamente*. No cabe duda que existe el fenómeno de la vista, el ojo con su aparato óptico, la cámara oscura. Sin embargo, la reproducción idéntica de las cosas en el ojo, emulada por la placa fotográfica, siguiendo las mismas leyes de refracción, *no es un fenómeno vital*. Un proceso igual puede reproducirse *en un ojo muerto*. El fenómeno de la vida consiste *en la evolución y el desarrollo del ojo mismo*. ¿Cómo se efectúa esta obra, a un tiempo maravillosa y complicada? La fisiología contesta que no lo sabe, ya que no ha dado un paso hacia la solución de este problema.

Es cierto que podemos seguir la secuencia de los estadios evolutivos y formativos del ojo, sin embargo, no tenemos la mínima idea del *por qué* funciona así y *cuál* es el nexa causal. El segundo fenómeno vital del ojo es su actividad adaptante. Aquí encaramos, nuevamente, las funciones nerviosas y musculares, nuestros antiguos acertijos sin resolver. Lo mismo puede decirse para todos los órganos sensoriales y para otras áreas fisiológicas. Esperábamos explicar los fenómenos de la circulación sanguínea mediante las leyes de hidrostática o hidrodinámica. Por supuesto, la sangre se mueve según las leyes hidrodinámicas: pero su relación con ellas permanece completamente *pasiva*. En lo que concierne a las funciones *activas* del corazón y del músculo de sus vasos, *hasta la fecha nadie ha logrado explicarlas recurriendo a las leyes físicas*.

Las letras bastardillas de la parte conclusiva de la conferencia del hábil profesor, son dignas de un Ocultista. En realidad, parecen ser reiterativas de un aforismo procedente de las “Instrucciones Elementales” de la fisiología esotérica del Ocultismo *práctico*:

“*El enigma de la vida es localizable en las funciones activas de un organismo⁸ viviente. La verdadera percepción de dicha actividad es accesible sólo mediante la auto observación y no depende de nuestros sentidos externos y es alcanzable atisbando nuestra voluntad al par que penetra nuestra conciencia, revelándose, así, a nuestro sentido interno. Por lo tanto, cuando el mismo fenómeno actúa sólo sobre nuestros sentidos externos, ya no lo reconocemos. Vemos todo lo que acontece alrededor del fenómeno del movimiento y de su proximidad, sin embargo no percibimos la esencia de tal fenómeno; ya que carecemos de un órgano receptivo especial para captarla. Podemos aceptar dicha *esencia* de manera puramente hipotética, como lo hacemos cuando hablamos de “funciones activas.” Así se comporta todo fisiólogo, porque no puede seguir su trabajo sin dichas hipótesis y ésta es la primera tentativa de dar una *explicación psicológica* a todos los fenómenos vitales. [...] ¿Si se nos ha demostrado que, valiéndonos sólo de la física y la química, no podemos explicar los fenómenos de la vida, qué podemos esperar de otros aspectos de la fisiología: las ciencias de la morfología, la anatomía y la histología? Sostengo que las ciencias antes dichas, jamás podrán ayudarnos a desglosar el problema de cualquiera de los misteriosos fenómenos de la vida. En efecto, si mediante el escalpelo y el microscopio, hemos logrado disecar los organismos en sus compuestos*

⁸ La *vida* y la *actividad* son dos términos distintos para expresar la misma idea o, más exactamente hablando, son dos palabras a las cuales los científicos no atribuyen ninguna idea definida. Sin embargo y quizá por ese motivo, se ven obligados a usarlas; ya que encierran el nexa entre los problemas más difíciles sobre los cuales han tropezado los pensadores preclaros de la escuela materialista.

más elementales, alcanzando las células más simples, aquí mismo encaramos el problema más grande de todos. La mónada más sencilla, un punto microscópico de protoplasma, informe y sin estructura, aún exhibe todas las funciones vitales esenciales: se alimenta, crece, se reproduce, se mueve, siente, percibe sensorialmente y, además, está dotada de las funciones que reemplazan ‘la conciencia’, ¡el alma de los animales superiores!

En realidad, al materialismo le toca encarar un problema muy grande. ¿Las células y las mónadas infinitesimales en la naturaleza, podrán explicarnos lo que los argumentos de los filósofos panteístas más hábiles aun no han logrado? Esperemos. Si las primeras llenan este objetivo, entonces, los Yoguis orientales, “supersticiosos e ignorantes” y sus seguidores exotéricos serán vindicados. Desde luego, el mismo fisiólogo nos dice:

Las células del epitelio impiden a un amplio número de venenos penetrar en los espacios linfáticos, aunque sabemos que se descomponen fácilmente en los jugos abdominales e intestinales. Además, la fisiología sabe que si inyectamos estos venenos directamente en el torrente sanguíneo, se separan y vuelven a aparecer a través de las paredes intestinales y en este proceso las células linfáticas desempeñan el papel más activo.

Si el lector consulta el “Diccionario Webster”, encontrará una explicación curiosa tocante a las palabras “linfático” y “Linfá.” Según los etimólogos, la palabra latina *lympa* deriva del griego *nymphē*, “una ninfa o una diosa menor” “A veces, los poetas llamaban a las Musas, *ninfas*. Por lo tanto (según Webster), se decía que todas las personas en un estado de arrobamiento, los videntes, los poetas, los locos, etc., eran cautivos de las ninfas.”

Según la tradición hindú, la Diosa de la Humedad (la *ninfa o linfa* griega y latina), nació de los *poros* de uno de los Dioses. Que sea el Dios del Océano, Varuna, o un “Dios de Río” menor, depende de la secta particular y la fantasía de los creyentes. El punto principal del asunto es lo siguiente: ahora se sabe, irrefutablemente, que los antiguos griegos y latinos compartieron las mismas “supersticiones” que los hindúes. Tal superstición es comprobable valiéndose del hecho de que, aun hoy, afirman que todo átomo de la materia en los cuatro (de los cinco) Elementos, es una emanación de un Dios o una Diosa inferior quien, a su vez, era una emanación anterior de una deidad superior. Además, cada uno de dichos átomos, siendo *Brahmâ*, uno de cuyos nombres es *Anu* o átomo, tan pronto como es emanado, *adquiere conciencia*, cada uno en su respectivo plano y libre albedrío, actuando dentro de los límites de la ley. Ahora bien, aquél que sabe que la *trimurti cósmica* (trinidad), compuesta por *Brahmâ*, el Creador; *Vishnu*, el Conservador y *Shiva*, el Destructor, es un símbolo magnífico y altamente científico del Universo *material* y su evolución gradual y encuentra una prueba de esto en la etimología de los nombres de tales deidades,⁹ más las doctrinas de *Gupta Vidya* o conocimiento esotérico, sabe, también, cómo comprender exactamente esta “superstición.” Los cinco epítetos fundamentales de *Vishnu*, agregados al de *Anu* (átomo), común a todos los personajes trimúrticos son: *Bhutâtman*, uno con los materiales del mundo, creados o emanados; *Pradhanâtman*, “uno con los sentidos”, *Paramâtman*, el “Alma Suprema” y *Atman*, el Alma Cósmica o la Mente Universal. Todos estos muestran, suficientemente, lo que los antiguos hindúes querían decir cuando dotaban de mente y conciencia cada átomo, dándole un nombre distinto de un Dios o una Diosa. Si ustedes colocan el Panteón indo, compuesto de 30 crores (o 300 millones) de deidades, dentro del macrocosmos (el Universo) o del microcosmos (el ser humano), constatarán que el número no es una exageración; ya que estas deidades se relacionan con los átomos, las células y las moléculas de todo lo que es.

No cabe duda que lo dicho antes, es excesivamente poético y recóndito para nuestra generación, sin embargo parece tan científico, si no más, que las enseñanzas derivadas de los descubrimientos más recientes de la *Fisiología* y la *Historia Natural*.

⁹ *Brahmâ* procede de la raíz *brih*, “expandir”, “esparcir”. *Vishnu* deriva de la raíz *vis* o *vish* (fonéticamente) “penetrar”, “compenetrar” el universo de la materia. *Siva*, el patrón de los Yoguis, tiene una etimología que se quedaría *inaprensible* para el lector superficial.

Diálogos Sobre Los Misterios De Los Estados Después De La Muerte

ACERCA DE LA CONSTITUCIÓN DEL HOMBRE INTERNO Y SU DIVISIÓN

M. Es cierto que es muy difícil y usted agrega: “desconcertante”, comprender correctamente y distinguir entre los varios *aspectos* que nosotros llamamos los “principios” del verdadero Ego. Especialmente cuando existe una diferencia significativa en la enumeración de estos principios por parte de las distintas escuelas orientales, aunque en esencia, la enseñanza de cada una de ella radica en el mismo substrato.

X. ¿Se está refiriendo a los vedantinos? Creo que ellos dividen nuestros siete “principios” en cinco.

M. Así es. Sin embargo, aunque no pretenda discutir el punto con un vedantino erudito, mi opinión personal es que tienen una razón obvia para adherirse a su enumeración. Según ellos, el *Hombre* es sólo ese agregado espiritual compuesto por varios aspectos mentales, mientras el cuerpo físico es simplemente algo insignificante, una simple *ilusión*. Sin embargo, el Vedanta no es la única filosofía que se atiene a este cálculo. Lao-Tze, en su “Tao-te-King”, menciona sólo cinco principios, ya que él, análogamente a los vedantinos, omite dos principios: el espíritu (Atma) y el cuerpo físico, definiéndolo un “cadáver.” En el caso de la escuela *Taraka Raja Yoga*, ésta reconoce sólo tres “principios”, pero, en realidad, el total es seis; ya que *Sthulopadhi* o cuerpo físico en *jagrata* o estado de vigilia consciente; *Sukshmapadhi*, el mismo cuerpo en *svapna* o el estado de sueño y *Karanopadhi* o “cuerpo causal”, lo que pasa de una encarnación a otra, son todos duales en sus aspectos. Si a estos seis se le agrega Atma, el principio impersonal divino o el elemento inmortal en el Hombre, indisoluble del Espíritu Universal, tendremos nuevamente los mismos siete, como en la división esotérica. (Véase “La Doctrina Secreta” para una explicación clara).

X. Se parece mucho a la división de los cristianos místicos: cuerpo, alma y espíritu.

M. Es la misma. Podríamos fácilmente considerar el cuerpo como el vehículo del “Doble vital”; el doble vital, el vehículo de la Vida o *Prana*; y *Kamarupa* o alma (animal), el vehículo de la mente *superior e inferior*, coronando, al final, estos seis principios con el espíritu inmortal uno. En Ocultismo, todo cambio calificativo en el estado de nuestra conciencia otorga al ser humano un nuevo aspecto que, si prevalece y se integra al EGO viviente y activo, debe recibir (y en realidad recibe) un nombre particular, para distinguir el ser en ese estado peculiar, del ser que es cuando entra en otro estado.

X. Esta es la parte que es tan difícil comprender.

M. En realidad, me parece muy simple, una vez entendida la idea principal según la cual el ser humano actúa en este plano de conciencia o en otro, en perfecta armonía con su condición mental y espiritual. Tal es el materialismo de la edad, en cuanto, mientras más explicamos, menos personas parecen poder comprender lo que decimos. Si usted prefiere, divida el ser terrenal, llamado hombre, en tres aspectos principales, pero, a menos que lo convierta en un animal, esto es todo lo que se puede hacer. Consideremos su *cuerpo* objetivo; el principio del sentimiento que es un poco más elevado que el elemento *instintivo* en el animal o el alma vital elemental y su alma *racional* o “espíritu”, la cual lo coloca inconmensurablemente más allá del animal, haciéndolo superior a éste. Ahora bien, ¿si tomamos estos tres grupos o entidades representativas y las subdividimos según la enseñanza oculta, qué obtenemos?

En primer lugar, el Espíritu (en el sentido del Todo Absoluto y por lo tanto indivisible) o Atma. En verdad no deberíamos llamarlo un principio “humano”, porque la filosofía jamás podrá localizarlo ni condicionarlo, siendo simplemente lo que ES en la Eternidad y, como Todo, no puede estar ausente, ni siquiera, del punto geométrico o matemático más diminuto del universo material o de la sustancia. En el mejor de los casos, es el punto en el Espacio metafísico que la Mónada humana y su vehículo, el hombre, ocupan durante el lapso de cada vida. Ahora bien, ese punto es tan imaginario como el ser humano mismo y, en realidad, es una ilusión, *maya*. Sin embargo, para nosotros y los demás Egos personales, somos una realidad durante este momento ilusorio llamado vida y debemos tomarnos en consideración, al menos en nuestra fantasía, si nadie más nos considera. El Ocultismo lo llama el *séptimo* principio, la síntesis del sexto, proporcionándole *Buddhi*, el Alma *Espiritual*, como vehículo. Hace esto para que se vuelva más inteligible al intelecto humano cuando se dedica, por primera vez, al estudio del Ocultismo para

solucionar el abecé del misterio del hombre. Ahora bien, *Buddhi* oculta un arcano que no se revela a nadie, exceptuando a los *chelas* que han dado su promesa irrevocable y en los cuales se puede confiar sin peligro. Por supuesto, el asunto sería menos confuso si pudiéramos divulgarlo, sin embargo, se custodia con cuidado porque está directamente relacionado con el poder de proyectar el doble de forma consciente y deliberada. Esta es una capacidad que, análogamente al “anillo de Gyges”, puede resultar fatal para la humanidad en general y el poseedor de esta facultad en particular. La clave del misterio se divulga, completamente, sólo a los adeptos puestos a prueba e impermeables a la tentación. Evitemos las cuestiones secundarias y atengámonos a los “principios.” Esta alma divina o *Buddhi* es el Vehículo del Espíritu. En conjunción, estos dos son uno, impersonales y sin ningún atributo, (en este plano obviamente) y constituyen dos “principios” espirituales. Si pasamos al Alma *Humana* (*manas, mens*), todos convendrán con que la inteligencia humana es, al menos, *dual*: el ser mentalmente elevado difícilmente se convertirá en mentalmente bajo. Un abismo separa al ser intelectual dotado de una mente espiritual y al ser obtuso, torpe, material y, podríamos decir, mentalmente animal. Entonces, ¿por qué estos seres no deberían ser representados por dos “principios” o mejor dicho, aspectos? Cada ser humano posee estos dos principios en sí, uno más activo que el otro y, en casos raros, durante la vida, el crecimiento de uno de los dos se atrofia completamente o, podríamos decir, se paraliza, debido a la fuerza y la predominación del otro *aspecto*. Estos son los que llamamos los dos principios o aspectos de *Manas*: uno superior y el otro inferior. El *Manas* superior o el Ego consciente y pensante, gravita hacia el Alma Espiritual (*Buddhi*). El *Manas* inferior o su principio instintivo se dirige hacia *Kama*, el asiento de los deseos animales y las pasiones humanas. Entonces, *cuatro* “principios” son justificados. Ahora bien, los últimos tres son: primero el “Doble”, que hemos convenido en llamarlo Proteico o Alma Flexible, el cual es el vehículo del segundo: el *principio* vital y el tercero es el cuerpo físico. Por supuesto, ningún fisiólogo ni biólogo aceptará dichos principios, ni siquiera los comprenderá. He aquí el por qué, quizá ninguno de ellos entienda, hasta la fecha, la función del bazo, el vehículo físico del Doble Proteico o de un cierto órgano que reside en el lado derecho del ser humano, el asiento de los susodichos deseos. Además, estos científicos no saben nada de la glándula pineal, limitándose a describirla como una glándula callosa que contiene algunos granitos de arena, aunque, en realidad, es la clave hacia la conciencia más elevada y divina en el ser humano, su mente omnisciente, espiritual y omniabarcante. Este apéndice, aparentemente inútil, es el péndulo que, una vez que el mecanismo del ser *interno* ha sido debidamente preparado, transporta la visión espiritual del Ego a los planos perceptivos superiores, donde el horizonte que se le abre es casi infinito [...]

X. Sin embargo, los científicos materialistas afirman que después de la muerte humana nada permanece. El cuerpo humano se desintegra simplemente en sus elementos constituyentes y lo que llamamos alma es una simple autoconciencia temporal, el efecto de la acción orgánica, que se disipará como el vapor. ¿No es éste, un estado mental extraño?

M. No es extraño para nada. Si según ellos la autoconciencia cesa con el cuerpo, entonces, en *su* caso, enuncian sencillamente una profecía inconsciente; ya que una vez que están firmemente convencidos de lo que afirman, no es posible que tengan ningún tipo de vida ultraterrena.

X. Sin embargo, ¿si según la regla, la autoconciencia humana sobrevive a la muerte, por qué deberían existir excepciones?

M. En las leyes fundamentales del mundo espiritual, las cuales son inmutables, no existen excepciones. Sin embargo, hay reglas para los que ven y reglas para los que prefieren permanecer ciegos.

X. Entiendo que así es. Es una aberración de un ciego, el negar la existencia del sol sólo porque no lo ve. Sin embargo, ¿después de la muerte, su vista espiritual lo obligará a ver?

M. No lo obligará; ni siquiera verá nada. Al haber pasado su existencia negando una vida ultraterrena, no podrá percibirla y como sus sentidos espirituales han sido atrofiados, no podrán desarrollarse después de la muerte, así que permanecerá ciego. Usted, al insistir que él *debe* ver, evidentemente quiere decir una cosa y yo otra. Usted habla del espíritu procedente del Espíritu o de la llama proveniente de la Llama, en síntesis, de Atma, confundiéndolo con el alma humana: *Manas* [...]. Usted no me entiende, permítame aclarar el asunto. La esencia de su pregunta consiste en saber si es posible, después de la muerte, en el caso de un materialista inveterado, perder completamente la conciencia y la percepción de sí. ¿Es ésta su pregunta? Yo digo que es posible porque, creyendo firmemente en nuestra Doctrina Esotérica, que considera el período después de la muerte o el intervalo entre dos vidas o nacimientos, como un estado puramente transitorio, afirmo que, ya sea que ese interludio, entre dos actos del drama ilusorio de la vida,

dure un año o un millón de años, el estado después de la muerte puede, sin infringir la ley fundamental, ser el mismo estado que el de un ser humano sumido en un desmayo mortal.

X. ¿Cómo es posible esto, si las leyes fundamentales del estado después de la muerte no admiten ninguna excepción, según lo que usted acaba de decir?

M. No estoy diciendo que admiten excepciones. Sin embargo, la ley de continuidad se aplica sólo a las cosas que son verdaderamente reales. Quien ha leído y entendido el “Mundakya Upanishad” y el “Vedanta Sara”, tendrá claro lo antedicho. Agregaré que es suficiente comprender lo que queremos decir con el término Buddhi y la dualidad de Manas, para percibir nítidamente el por qué los materialistas pueden no experimentar una sobrevivencia autoconsciente después de la muerte. Depende del hecho de que Manas, en su aspecto inferior, es el asiento de la mente terrenal y, por lo tanto, puede proporcionar esa percepción del Universo que estriba en la prueba de dicha mente y no en nuestra visión espiritual. Según nuestra escuela Esotérica, entre Buddhi y Manas o Iswara y Pragna,¹⁰ existe una diferencia análoga a aquella *entre una selva y sus árboles, un lago y su agua*, esta es la enseñanza de Mundakya. Un árbol o un centenar de árboles muertos por pérdida de vitalidad o erradicados, no pueden impedir a la selva de ser tal. La destrucción o la muerte de los estados después del fallecimiento de una personalidad eliminada de la larga serie, no causará el más pequeño cambio en el *Ego* Espiritual divino, que siempre seguirá siendo el mismo Ego. La única diferencia es que, en lugar de experimentar el *Devachan*, deberá reencarnarse inmediatamente.

X. Según entiendo, en esta analogía Ego-Buddhi representa la selva y las mentes personales los árboles. ¿Si Buddhi es inmortal, cómo es posible que su concomitante: Manas-tajasi,¹¹ pierda completamente su conciencia hasta el día de su nueva encarnación? No puedo comprenderlo.

M. Usted no puede porque mezcla una representación abstracta del entero con sus cambios casuales de la forma y porque confunde *Manas-tajasi*, el alma humana iluminada por *Buddhi*, con el manas inferior animalizado. Tenga presente que, si es posible decir que Buddhi es incondicionalmente inmortal, esto no es aplicable a Manas y aun menos a tajasi, que es un atributo. No hay conciencia después de la muerte o Manas-Tajasi separado de Buddhi, el alma divina, porque *Manas* es, en su aspecto inferior, un atributo calificativo de la personalidad terrenal y *tajasi* es idéntico a Manas con la sola diferencia que lo ilumina la luz de Buddhi. En el caso de Buddhi, éste permanecería simplemente un espíritu impersonal sin dicho elemento que toma prestado del alma humana, condicionándolo y convirtiéndolo, en este universo ilusorio, *en algo aparentemente separado* del alma universal durante todo el período de la encarnación cíclica. Podemos decir que *Buddhi-Manas* no puede morir ni perder su autoconciencia, compuesta en la Eternidad, ni el recuerdo de sus encarnaciones previas durante las cuales, el alma espiritual y humana han sido íntimamente ligadas. Esto no acontece en el caso de un materialista, cuya alma humana no sólo no recibe nada del alma divina, sino que hasta rechaza reconocer su existencia. No es posible aplicar este axioma a los atributos y a las calificaciones del alma humana, pues correspondería a decir que, como su alma divina es inmortal, así lo es la refulgencia de su mejilla, la cual es un fenómeno simplemente transitorio, así como lo es tajasi o resplandor espiritual.

X. ¿Está usted diciendo que no debemos confundir el nómeno con el fenómeno, la causa con su efecto?

M. Exactamente. Además repito que, en el caso de Manas o el alma humana, la refulgencia de Tajasi se convierte en una simple cuestión de tiempo porque, después de la muerte, el binomio inmortalidad y conciencia se vuelve, para la personalidad terrenal humana, sencillamente en atributos condicionados en cuanto dependen, enteramente, de las condiciones y creencias elaboradas por el alma humana durante la vida de su cuerpo. Karma actúa incesantemente; *en nuestra vida ultraterrena* cosechamos sólo el fruto de lo que hemos sembrado o mejor dicho, creado en nuestra existencia terrenal.

X. Sin embargo, ¿si después de la destrucción del cuerpo, mi Ego puede sumergirse en un estado de completa inconsciencia, dónde está el castigo para los pecados de mi vida pasada?

¹⁰ Iswara es la conciencia colectiva de la deidad manifestada, Brahmâ: la conciencia colectiva de la hueste de Dhyan Chohans y Pragna es su sabiduría individual.

¹¹ *Tajasi* significa el radiante, debido a la unión de Manas con Buddhi, lo humano es iluminado por el brillo del alma divina. Por lo tanto, a Manas-tajasi se le puede describir como la mente radiante, la razón *humana* alumbrada por la luz del espíritu. Buddhi-Manas es la representación de lo divino más el intelecto y la autoconciencia humana.

M. Según la enseñanza de nuestra filosofía, el castigo Kármico alcanza al Ego sólo en la próxima encarnación. Después de la muerte recibe únicamente la recompensa por los sufrimientos inmerecidos, experimentados durante la existencia que ha llegado al término.¹² Entonces, aun en el caso del materialista, el castigo después de la muerte, consiste en la ausencia de cualquier recompensa y la completa pérdida de la dicha consciente y del reposo. Karma es el hijo del Ego terrenal, el fruto de las acciones del árbol, que es la personalidad objetiva visible a todos y el fruto de todos los pensamientos y los motivos del “Yo” espiritual. Sin embargo, Karma es también la madre tierna que sana las heridas que infligió en la vida previa, antes de empezar a torturar este Ego con otras. Si se puede decir que en la vida de un mortal no hay sufrimiento mental o físico que no sea el fruto y la consecuencia de algún pecado en esta existencia o en la anterior, se puede también decir que, como él no retiene el más mínimo recuerdo de esto en la vida presente y advierte que el castigo impartido es inmerecido, creyendo sinceramente que sufre por algo que no cometió, esto es suficiente para que se otorgue al alma humana el consuelo, el reposo y la dicha más completos en su existencia ultraterrena. Para nuestro yo espiritual, la muerte llega siempre como una liberadora y una amiga. En el caso de un materialista que, no obstante su materialismo, no era un hombre malo, el intervalo entre las dos vidas será como el sueño ininterrumpido y plácido de un niño, ya sea sin ensueños o con imágenes acerca de las cuales no tendrá ninguna percepción definida. Para el creyente será un sueño tan vívido como la existencia, lleno de dicha y visiones realísticas. En el caso del ser malo y cruel, ya sea materialista o no, volverá a renacer inmediatamente, sufriendo su infierno en la tierra. La entrada en *Avitchi* es algo excepcional y raro.

X. Según recuerdo, en algunos Upanishads las encarnaciones periódicas de Sutratma¹³ son análogas a la vida de un mortal que oscila, periódicamente, entre el sueño y la vigilia. Esto no me parece muy claro y le voy a decir por qué. Para el ser humano que despierta, empieza otro día, sin embargo él es el mismo, en alma y cuerpo, que el de ayer; mientras en cada nueva encarnación se verifica un cambio integral, no sólo en su estuche externo, el sexo y la personalidad, sino también en sus capacidades mentales y psíquicas. Por lo tanto, la analogía no me parece ser muy correcta. El ser que despierta en la mañana recuerda muy claramente lo que hizo el día antes, anteayer, el mes pasado y el año anterior. Pero nadie, entre nosotros, recuerda una vida previa o algún hecho o evento pertinente a ella. Por la mañana puedo olvidarme lo que soñé durante la noche, sin embargo sé que he dormido y tengo la seguridad que estaba viva durante el sueño, más ¿qué recuerdo tengo de mis encarnaciones pasadas? ¿Cómo reconcilia, usted, esto?

M. A pesar de todo, algunas personas recuerdan sus encarnaciones previas. Los Arhats lo llaman Samma-Sambuddha o el conocimiento de la serie completa de las propias encarnaciones anteriores.

X. ¿Pero nosotros, los mortales comunes, que no hemos alcanzado Samma-Sambuddha, cómo podemos realizar esta analogía?

M. Mediante el estudio y tratando de comprender más correctamente las características de los tres estados de sueño. El sueño es una ley general e inmutable para el ser humano y los animales, sin embargo, existen diferentes clases de sueño y aun más distintos ensueños y visiones.

X. Así es. Pero ésta es una digresión. Volvamos al materialista que, si bien no niega los sueños, porque no puede, rechaza la inmortalidad en general y la supervivencia de su individualidad en particular.

¹² Algunos Teósofos discrepan con esta frase, sin embargo son las palabras de los Maestros y el sentido dado al adjetivo “inmerecido” corresponde a lo que presentamos anteriormente. En el opúsculo número 6 de la serie de panfletos teosóficos, se usó una frase que quería transmitir la misma idea y que después fue artículo de crítica en la revista “Lucifer”. Podemos decir que la forma no fluía bien, prestándose, entonces, a la crítica que suscita, sin embargo, la idea esencial era que los seres humanos a menudo sufren los efectos de las acciones ejecutadas por otros, efectos que no pertenecen, rigurosamente hablando, a su Karma, sino al de las otras personas. Por lo tanto, merecen ser compensados por estos sufrimientos. Si es verdadero decir que todo lo que nos acontece se debe sólo al Karma, o el efecto directo o indirecto de una causa, sería un gran error pensar que todo el bien y el mal que experimentamos depende *sólo de nuestro* Karma personal.

¹³ Sutratma es nuestro principio inmortal y reencarnante en conjunción con los recuerdos Manásicos de las vidas anteriores. El sentido literal de Sutratma es Alma-Hilo, porque las largas series de vidas humanas enhebradas en este hilo es análoga a las perlas en un collar. Manas debe convertirse en *taijasi*, el refulgente, antes de que pueda ensartarse en Sutratma, como una perla y su hilo, teniendo, entonces, una percepción plena y absoluta de sí en la Eternidad. Como mencionamos anteriormente, una asociación demasiado íntima sólo con la mente terrenal del alma humana, causa la pérdida completa de esta refulgencia.

M. Por primera vez, el materialista no se equivoca; ya que, para uno que no tiene ninguna percepción interna ni fe, la inmortalidad es algo imposible. A fin de vivir una existencia consciente en los estados después de la muerte, uno debe creer, en primer lugar, en esa vida durante su existencia terrenal. Toda la filosofía de la conciencia ultraterrena y la inmortalidad del alma, gira alrededor del eje de estos dos aforismos de la Ciencia Secreta. El Ego recibe siempre de acuerdo a lo que se merece. Después de la disolución del cuerpo, el Ego empieza un período de plena conciencia clara, un estado de sueños caóticos o un sueño sin ensueños indistinguible del aniquilamiento. Estos son los tres estados de conciencia. Según nuestros fisiólogos, la causa de los sueños y de las visiones es localizable en su preparación inconsciente durante las horas de vigilia. ¿Por qué no podemos admitir lo mismo para los sueños después de la muerte? Lo repito, la *muerte es sueño*. Después del fallecimiento, ante la vista espiritual del alma empieza una representación que sigue el programa aprendido y, muy a menudo, compuesto inconscientemente por nosotros, la realización práctica de las creencias *correctas* o de las ilusiones que nosotros creamos. Un creyente de la iglesia metodista será metodista, un musulmán será un musulmán, momentáneamente, en el paraíso perfecto de un iluso, cuya creación es obra de cada ser humano. Estos son los frutos después de la muerte del árbol de la vida. Naturalmente, ya sea que creamos o no en el hecho de la inmortalidad consciente, esto no puede influenciar la realidad incondicionada del hecho en sí. Sin embargo, creer o no creer en esa inmortalidad como continuación o aniquilación de entidades separadas, incidirá sobre este hecho en su aplicación a cada una de dichas entidades. ¿Ahora, empieza usted a comprender?

X. Pienso que sí. El materialista acepta la vida como la única existencia consciente; ya que cree sólo en lo que los cinco sentidos o el razonamiento científico pueden probarle y rechaza toda manifestación espiritual. Por lo tanto, plasmará su realidad según su creencia. Perderá su Ego personal y se sumirá en un sueño sin ensueños hasta un nuevo despertar. ¿Es así?

M. Casi. Tenga presente la enseñanza esotérica universal de las dos clases de existencia consciente: la terrenal y la espiritual. Esta última hay que considerarla real, debido a que es la región de la causa eterna, inmutable e inmortal de todo; mientras que el Ego reencarnante se reviste con nuevos atuendos, completamente distintos a los de sus encarnaciones previas y todo, exceptuando a su prototipo espiritual, es destinado a un cambio tan radical que no deja ningún vestigio atrás.

X. ¡Deténgase! [...] ¿Puede la conciencia de mis *Egos* terrenales perecer, no sólo por un lapso, como la del materialista, sino que en todo caso y de forma tan completa, que no deja huella?

M. Según la enseñanza debe perecer así en su totalidad, excepción hecha por ese principio que, habiéndose reunido con la Mónada, se ha convertido en una esencia puramente espiritual e indestructible, una con ella en la Eternidad. Sin embargo, ¿en el caso de un materialista empedernido, en cuyo “yo” personal Buddhi jamás se ha reflejado, cómo puede, éste, absorber en las infinitudes, una partícula de esa personalidad terrenal? Su “Yo” espiritual es inmortal, sin embargo, de su presente personalidad puede llevar al más allá sólo lo que se merece la inmortalidad, es decir, el simple aroma de la flor que la muerte ha cortado.

X. Ahora bien, ¿qué pasa con la flor, el “yo” terrenal?

M. La flor volverá al polvo, así como las flores pasadas y futuras que germinaron y murieron para volver a florecer en la rama madre, *Sutratma*. Cada flor es la prole de una raíz de Buddhi. Como usted sabe, su “Yo” actual no es el cuerpo sentado delante de mí, ni es aún lo que llamaría Manas-Sutratma, sino Sutratma-Buddhi.

X. Pero esto no me explica por qué llama a la vida después de la muerte inmortal, infinita y real, definiendo la terrenal como un simple fantasma o una ilusión, visto que aun esa existencia después de la muerte tiene límites, a pesar de lo más amplios que pueden ser de los de la vida terrenal.

M. Es cierto. El Ego espiritual del ser humano se mueve en la Eternidad como un péndulo, oscilando entre las horas de la vida y de la muerte. Sin embargo, si estas horas que marcan los períodos de la vida terrenal y espiritual son limitadas en su duración y si el número de estos estadios en la Eternidad, entre el dormir y el despertar, la ilusión y la realidad, tiene su principio y fin, de otro modo, el “Peregrino” espiritual es eterno. Por lo tanto, según nosotros, la única realidad son las horas de su vida después de la muerte, cuando, desencarnado, se encuentra cara a cara con la verdad y no con los espejismos de sus existencias terrenales transitorias, durante el período de ese peregrinaje que llamamos “el ciclo de los renacimientos”. Estos intervalos, no obstante su limitación, no le impiden al Ego seguir sin desviarse, aunque gradual y lentamente mientras está siempre perfeccionándose, el sendero hasta su última transformación, cuando ese Ego, habiendo alcanzado su meta, se convierte en el Todo divino. Tales

intervalos y estadios facilitan este resultado final, en lugar de obstruirlo. Sin dichos intervalos limitados, el Ego divino jamás podría alcanzar su meta última. Este Ego es el actor y sus numerosas y variadas encarnaciones son los papeles que desempeña. ¿Quizá, usted llamaría a estas partes, con sus atavíos, la individualidad del actor mismo? Análogamente al actor, al Ego le corresponde desempeñar muchos roles, algunos quizá desagradables, durante el Ciclo de la Necesidad, hasta el umbral del *Para-nirvana*. Como la abeja liba su miel de cada flor, dejando el resto como nutrimento para los gusanos, lo mismo acontece con nuestra individualidad espiritual, ya sea que la llamemos Sutratma o Ego. Liba de toda personalidad terrenal en la que Karma la obliga a encarnar, sólo el néctar de las cualidades espirituales y de la autoconciencia y, al unirlas en todo, emerge de su crisálida como el Dhyán Chohan glorificado. Desafortunadas estas personalidades terrenales de las cuales no pudo absorber nada e, indudablemente, no podrán sobrevivir de manera consciente a su existencia terrenal.

X. Entonces, parece que para la personalidad terrenal, la inmortalidad es aun condicional. Así, ¿la inmortalidad misma *no* es incondicional?

M. Para nada. Pero no puede tocar a lo *inexistente*; ya que todo lo que existe como Sat y siempre anhela a Sat, la inmortalidad y la Eternidad son absolutas. La materia es el polo opuesto del espíritu y los dos son uno. La esencia de todo esto es que: Espíritu, Fuerza y Materia o los tres en uno, son tan infinitos como son sin principio, sin embargo, la forma que esta triple unidad adquiere durante sus encarnaciones, la exterioridad, es ciertamente una mera ilusión de nuestras concepciones personales. Por eso llamamos realidad sólo a la vida después de la muerte, relegando la existencia terrenal, incluyendo a su personalidad homóloga, al campo fantasma de las ilusiones.

X. Entonces, en tal caso, ¿por qué no llamar el dormir realidad y el despertar ilusión, en lugar de lo contrario?

M. Porque empleamos una expresión elaborada para facilitar la comprensión del tema y desde el punto de vista de las concepciones terrenales es muy correcta.

X. Sin embargo, no entiendo. Si la vida futura estriba en la justicia y la retribución merecidas por todo nuestro sufrimiento terrenal, ¿en el caso de los materialistas, muchos de los cuales son idealmente probos y caritativos, debería permanecer, de su personalidad, sólo el desecho de una flor mustia?

M. Nadie, jamás, ha dicho esto. Ningún materialista, si es un ser bueno, puede morir para siempre en la plenitud de su individualidad espiritual, a pesar de que no crea. Lo que dijimos es que la conciencia de una vida puede desaparecer completa o parcialmente. En el caso de un materialista inveterado, en su serie de vidas no queda ningún vestigio de esa personalidad que no creía.

X. ¿No es éste, el aniquilamiento para el Ego?

M. Ciertamente que no. Durante un largo viaje en tren, uno puede dormir como una piedra pasando por una o diversas estaciones sin conservar el mínimo recuerdo o conciencia de esto. Se despierta en una estación dada y sigue su trayecto rememorando otras paradas, hasta que el viaje termina, una vez que llega a su destino. Le mencioné tres clases de sueño: el sin ensueños, el caótico y el que es tan real que para el durmiente sus sueños se tornan en realidades plenas. ¿Si puede creer en este último, por qué no puede creer en el primero? Según lo que uno cree y espera después de la muerte, este es el estado que tendrá. Aquel que no esperaba ninguna vida futura, tendrá un vacío completo, equiparable al aniquilamiento entre los dos renacimientos. Esta es simplemente la realización del programa que mencionamos, cuyo artífice fue el mismo materialista. Sin embargo, como usted dice, existen numerosas clases de materialistas. Una persona egoísta y malvada, que jamás ha sido receptiva al dolor ajeno, sintiendo sólo el suyo, agregando así la indiferencia a su mundo entero de no creencia, en el momento de la muerte debe dejar la personalidad para siempre. Esta personalidad, no teniendo ningún lazo de simpatía con el mundo circundante, nada que engarzar en el hilo de Sutratma, ve interrumpirse, con el último respiro, toda relación entre los dos. Dado que para esta clase de materialista no hay Devachan, Sutratma se reencarnará casi inmediatamente. Pero en el caso de los materialistas que no erraron en nada, excepto que en su no creencia, saltarán sólo una parada del tren porque dormían. Además: llegará el momento en que el ex-materialista se percibirá a sí mismo en la Eternidad y quizá se arrepienta de haber perdido hasta un día o una parada, de la vida eterna.

X. Sin embargo, ¿no sería más correcto decir que la muerte es nacer en una nueva vida o un retorno, una vez más, al umbral de la eternidad?

M. Usted puede decirlo, si así quiere. Pero hay que tener presente que los nacimientos difieren y hay seres que nacen “muertos”, es decir: son *fracasos*. Además, con sus ideas occidentales tan grabadas

acerca de la vida material, las palabras “viviente” y “ser” son inaplicables al estado puramente subjetivo de la existencia después de la muerte. Tales ideas han contribuido a vuestras concepciones muy estrechas acerca de la vida y de la muerte. Se pueden omitir sólo algunos filósofos poco leídos y con ideas muy confusas para que puedan presentar un cuadro claro de esto. Dichas ideas han conducido, por un lado, al materialismo burdo y por el otro, a una concepción aun más material de la vida ultraterrena, que los espiritistas tradujeron en la Summer-land (la tierra estival). Ahí, las almas de los seres humanos comen, beben, se casan y viven en un paraíso tan sensual como el de Mahoma, pero menos filosófico. Las concepciones medias de los cristianos incultos no son mejores y quizá más materiales, consteladas de ángeles, trompetas, arpas doradas, calles en ciudades paradisíacas pavimentadas de joyas y fuegos infernales, el todo se parece a una escena durante una pantomima navideña. Estas nociones estrechas son la razón por la cual a usted se le dificulta comprender lo antedicho. Además, los filósofos orientales han comparado la vida del alma desencarnada con las visiones durante el sueño, porque, aun poseyendo el brillo de la realidad como en ciertos ensueños, está exenta de toda forma objetiva material de la vida terrenal.

Una Observación Sobre La “Memoria”

Ningún evento, ninguna manifestación, a pesar de lo rápido o lento que sea, jamás puede borrarse del archivo *Skándico* de la vida de un ser humano. No existe la más diminuta sensación, la acción más superficial, el impulso, el pensamiento y la impresión que pueda desaparecer del Universo o en éste. Podemos pensar que nuestra memoria no la ha grabado y nuestra conciencia no la ha percibido, sin embargo se inscribirá en las tablillas de la luz astral. La memoria personal es una ficción del fisiólogo. En nuestro cerebro hay células que reciben y transmiten sensaciones e impresiones y, una vez llevado a cabo tal proceso, su misión ha sido realizada. Estas células del presunto “órgano de la memoria”, son los *receptores* y los *transmisores* de todas las imágenes e impresiones del pasado, pero no son sus *conservadores*. Bajo varias condiciones y estímulos pueden recibir de nuevo e instantáneamente, el reflejo de estas imágenes astrales, que llamamos *memoria*, *recuerdo* y *remembranza*, sin embargo no pueden preservarlas. Cuando decimos que uno ha perdido su memoria o que ésta se ha debilitado, es simplemente una manera de hablar. Sólo nuestras células de la memoria están sujetas a la debilidad o a la destrucción. El vidrio de la ventana nos permite ver el sol, la luna, las estrellas y todos los objetos externos claramente, pero si lo rajamos, todas las imágenes serán distorsionadas. Si lo rompemos, sustituyéndolo con una tabla de madera o si bajamos las cortinas, las imágenes permanecerán fuera del alcance de nuestra vista. Pero, ¿podríamos decir, que todas las imágenes: el sol, la luna y las estrellas han desaparecido a causa de esto cuando, al reparar la ventana con un nuevo vidrio, serán reflejadas nuevamente en el cuarto? Existen casos de demencia que han durado por meses y años y se enumeran también ejemplos de largos días de fiebre durante los cuales todo lo que se hizo y se dijo fue inconscientemente. Sin embargo, cuando el paciente se recupera, ocasionalmente recuerda sus palabras y sus acciones completas. El pensamiento *inconsciente* es un fenómeno, en este plano, que envuelve sólo a la mente personal. Pero la Memoria Universal conserva todo movimiento, la ola y el sentimiento más diminuto que ondula la superficie de la naturaleza diferenciada del ser humano o del Universo.

La Ciencia de la Vida

¿Qué es la vida? Centenares de las mentes más filosóficas y una miríada de médicos eruditos y muy hábiles, se han hecho esta pregunta, la cual aun queda en suspenso. El velo que cubre al Komos primordial y los principios misteriosos de la vida de éste, jamás se han descorrido de forma que satisfaga a la ciencia honrada y seria. Mientras más los científicos autorizados tratan de penetrar las anfractuosidades cósmicas oscuras, más intensas se vuelven estas tinieblas, ofuscándoles la vista. Podríamos compararlos con los buscadores de tesoros que vagaron por los mares a fin de encontrar lo que estaba sepultado en su jardín.

Entonces, ¿qué es esta ciencia? ¿Es la biología o el estudio de la vida en su aspecto general? No. ¿Es la fisiología o la ciencia de la función orgánica? Tampoco; ya que la primera deja el problema como el enigma de la Esfinge y la segunda es más la ciencia de la muerte que de la vida. La fisiología se basa en el estudio de las distintas funciones orgánicas y de los órganos necesarios para que la vida se manifieste. Sin embargo, lo que la ciencia llama materia viva es, en realidad, *materia muerta*. Cada molécula de los órganos vivientes contiene el germen de la muerte y empieza a fallecer en el momento en que nace, dando la oportunidad de vivir a su molécula sucesora, la cual perecerá también. Un órgano, una parte natural de cada ser viviente es, simplemente, el medio de alguna función particular en la vida y es una combinación de dichas moléculas. El órgano vital, el *entero*, se pone la máscara de la vida, ocultando el constante decaimiento y la muerte de sus partes. Por lo tanto, el binomio biología y fisiología no es la ciencia, ni siquiera la rama de la *Ciencia de la Vida*, sino sólo la ciencia de las *apariencias* de la vida. Mientras la verdadera filosofía es como Edipo delante de la Esfinge de la vida y no se atreve a pronunciar la paradoja contenida en la respuesta al enigma proferido, la ciencia materialista, arrogante como siempre, sin dudar por un momento de su sabiduría, se “biologiza” a sí misma y a muchos otros en la creencia de que ha resuelto este grandioso problema de la existencia. En realidad, es probable que jamás se haya acercado, ni siquiera, a su umbral. Seguramente, nunca podrá promover la verdad, tratando de engañarse a sí misma y a los incautos diciendo que la vida es simplemente el resultado de la complejidad molecular. ¿Es la fuerza vital realmente un simple “fantasma”, según la define Du-Bois Raymond? Ya que su invectiva de que la “vida”, como algo independiente, es sólo un remanso de la ignorancia de los que buscan refugio en las abstracciones cuando es imposible alcanzar una explicación directa, se aplica con mucha más intensidad y justicia a esos materialistas dispuestos a obcecar la gente a la realidad de los hechos, sustituyéndolos con palabras altilocuentes. Una de las cinco divisiones de las funciones de la vida, cuyos nombres pretenciosos son: Archebiosis (origen de la vida), Biocrosis (fusión de la vida), Biodiaeresis (división de la vida), Biocaenosis (renovación de la vida) y Bioparodosis (transmisión de la vida), ¿ha, acaso, jamás ayudado a un Huxley o a un Haeckel a hurgar más plenamente el misterio de las generaciones de la humilde hormiga, por no hablar del ser humano? Es cierto que no; ya que la vida y todo lo que le pertenecen, es parte integrante del dominio legal del *metafísico* y del psicólogo y la ciencia física no puede reclamarlo. “Lo que ha sido es lo que será y lo que ha sido ya tiene un nombre: Hombre.” Esta es la respuesta al enigma de la Esfinge. Pero en tal caso, el término “hombre” no se refiere al ser *físico*, por lo menos cuando hablamos desde el punto de vista esotérico. Los escalpelos y los microscopios pueden solucionar los misterios de las partes materiales de *la vestidura del ser humano*, pero jamás podrán abrirse una ventana en su alma para asomarse a la vista más pequeña de alguno de los horizontes más amplios del ser.

Los únicos pensadores que reciben alguna recompensa son los que, ateniéndose a la frase del oráculo délfico, han conocido la vida en sus yoes *internos*, estudiándola meticulosamente en sí mismos antes de tratar de delinear y analizar su reflejo en sus vestiduras externas. Análogamente a los filósofos del fuego medioevales, han soslayado las *apariencias* de la luz y del fuego en el mundo de los efectos, concentrando su plena atención sobre los entes arcanos productores. Entonces, al percatarse de que se remontaban a la causa abstracta, han probado a sondear el Misterio, cada uno en conformidad con sus capacidades intelectuales. Así se cercioraron de que (1) el mecanismo, *aparentemente* vivo, llamado hombre físico, es meramente el combustible, el material con el cual la vida se alimenta para poder

manifestarse y, (2) mediante éste, el ser interno recibe, como recompensa, la posibilidad de acumular ulterior experiencia de las ilusiones terrenales llamadas vidas.

Uno de dichos filósofos es, innegablemente, el gran novelista y reformador ruso: Conde León Tolstoi. El estudio de algunos fragmentos de una conferencia que presentó a Moscú delante de la Sociedad Psicológica local demostrará cuán cercanas son sus ideas con las enseñanzas esotéricas y filosóficas de la Teosofía superior.

El Conde, hablando del problema de la vida, invita a su audiencia a admitir, en gracia al argumento, una *imposibilidad*. El orador dice:

“Supongamos, por un momento, que todo lo que la ciencia moderna anhela aprender sobre la vida ya lo aprendió y ahora lo sabe; que el problema se ha convertido tan diáfano como el día; que se ha aclarado el asunto de cómo la materia orgánica, mediante una simple adaptación, procede de la materia inorgánica; que es cristalino como las fuerzas naturales pueden transformarse en sentimientos, voluntad, pensamiento y que, al final, todo esto es consabido no sólo por el estudiante urbano; sino por el escolar campesino.

Así, estoy consciente de que tal y tal pensamiento y sentimiento deriva de tal y tal movimiento. Bien: ¿y luego qué? ¿Puedo o no puedo producir y guiar tales movimientos para poder estimular en mi cerebro los pensamientos correspondientes? La cuestión: cuáles son los pensamientos y los sentimientos que debería generar en mí y en los demás, sigue, no sólo sin resolverse, sino que intocada.

Todavía esta cuestión es *la* interrogante fundamental acerca de la idea central de la vida.

La ciencia ha elegido como su objetivo unas pocas manifestaciones que acompañan a la vida y, *confundiéndola*¹⁴ la parte por el entero, ha llamado estas manifestaciones la vida en su totalidad [...]

La cuestión indisoluble desde la idea de la vida, no es *de dónde* procede esta última, sino *¿cómo se debería vivirla?* Sólo usando esta pregunta como punto de partida, es posible esperar llegar a alguna solución en el problema de la existencia.

La respuesta a la interrogante: ‘¿Cómo deberíamos vivir?’, parece muy simple para la persona que no la estima digna de consideración.

[...] Uno debe vivir lo mejor que puede y basta. A primera vista parece simple y de dominio público, sin embargo no es tan sencillo, ni consabido como uno puede imaginar [...]

Al principio, para el ser humano, la idea de la vida parece un asunto muy simple y evidente. En primer lugar, considera que la vida reside en sí mismo, en su cuerpo. Sin embargo, tan pronto como uno empieza a buscar esa vida en algún sitio particular del cuerpo, incurre en dificultades. La vida no está en el pelo, en las uñas, en el pie, en el brazo, ambos amputables, no está en la sangre, en el corazón, ni en el cerebro. Está por todas partes y por ningún lado. En síntesis: la Vida no es localizable en ninguna de sus moradas. Entonces, el ser humano empieza a buscar la vida en el Tiempo. También esto, al principio, parece un asunto simple [...] Sin embargo, cuando empieza su búsqueda, percibe que la cuestión es más complicada de lo que pensaba. Según mi documento bautismal he *vivido* 58 años, pero sé que de entre estos 58, he pasado durmiendo al menos 20. ¿Entonces cómo? ¿He vivido todos estos años o no? ¿Si deducimos los meses de gestación y aquellos pasados en los brazos de la nana deberíamos llamarlos también vida? Nuevamente, de entre los remanentes 38 años, sé que una mitad de ese tiempo la pasé durmiendo, aun siendo activo y por lo tanto, en este caso, no puedo decir si durante tal lapso viví o no. Puede haber sido un alternarse entre la vida y el estado vegetativo. Nuevamente, uno se percata de que la vida, tanto en el tiempo como en el cuerpo, se encuentra por todas partes y en ningún lado. Entonces, surge naturalmente la cuestión: ¿de dónde proviene esa vida que no puedo reconducir a ninguna parte? Ahora empezaré a aprender [...] Sin embargo, aun en esta coyuntura, lo que al principio me parecía simple, ahora parece imposible. No cabe duda que estuve buscando algo distinto de la vida. Entonces, una vez que debemos ir en pos de los paraderos de la vida, si buscar debemos, no habría que dirigirse hacia el espacio ni el tiempo, ni siquiera a la causa y al efecto, sino que deberíamos seguir a algo que conozco en mí, independiente de espacio, tiempo y causalidad.

Lo que nos queda por hacer es estudiar el *yo*. ¿Pero cómo puedo conocer la vida en mí?

¹⁴ “Confundir” es un término erróneo en este caso, porque los científicos saben muy bien que su enseñanza acerca de la vida es una ficción materialista que la lógica y el hecho contradicen a cada paso. En esto, la ciencia es abusada; ya que se emplea para servir a las nociones personales de los científicos y a la actitud determinada para sofocar en la humanidad toda aspiración y pensamiento espiritual. Sería más correcto decir: “*pretenden confundir*”. – H.P.B.

He aquí como: en primer lugar, sé que soy vivo y vivo deseando para mí todo lo que es bueno. Deseo esto desde que tengo conciencia de mí y persiste de día y noche. Todo lo que vive fuera de mí es importante a mis ojos sólo si coopera con la creación de lo que produce *mi* bienestar. Considero que el universo es relevante sólo porque puede *deleitarme*.

Mientras tanto, algo más se intercala al conocimiento interno de mi existencia. Hay otra percepción que es inseparable de la vida que siento y es también su aliada: además de mi persona, me rodea un mundo entero de criaturas vivientes que, al igual que yo, se percatan, instintivamente, de sus vidas exclusivas y todas estas criaturas viven por sus objetivos ajenos a mí, al mismo tiempo ellas ignoran y ni siquiera les interesa, saber algo de mis pretensiones para una vida exclusiva y, todas estas criaturas, a fin de llenar con éxito sus objetivos, están dispuestas a aniquilarme en cualquier momento. Esto no es todo. Mientras observo la destrucción de criaturas parecidas a mí, estoy consciente de que se me depara, también, un rápido e inevitable decaimiento, aunque me sienta tan precioso y el único en el cual la vida es representada.

Es como si en el ser humano residiesen dos “yoes” que jamás pueden cohabitar en paz. Es como si librarán un combate incesante, tratando de expulsarse mutuamente.

Un “yo” dice: “Soy el único que vive como se debería, todos los demás sólo parecen vivir. Así, la razón por la cual el universo existe, es para que pueda sentirme cómodo.”

El otro “yo” replica: “El universo no existe para tí, sino por sus metas y propósitos y no le interesa mucho saber si eres feliz o infeliz.”

¡Después de esto la vida se convierte en una cosa asombrosa!

Un “yo” dice: “Quiero gratificar todos mis deseos, por eso necesito el universo.”

El otro “yo” contesta: “Toda la vida animal existe sólo para gratificar sus deseos. Sólo los deseos de los animales se gratifican a expensas de otros animales. De ahí la lucha incesante entre las especies animales. Eres un animal y por lo tanto debes pelear. Sin embargo, a pesar del éxito ganado en tu batalla, el resto de las criaturas que luchan deben, a la larga, aplastarte.”

¡Peor aún! La vida se hace más asombrosa [...]

La cosa más terrible de todas, la síntesis de lo antedicho, es que:

Un “yo” dice: “Quiero vivir, vivir para siempre.”

El otro “yo” contesta: “Quizá mueras dentro de unos minutos, así como perecerán tus seres queridos; ya que tú y ellos, en cada movimiento, estáis destruyendo vuestras vidas y por lo tanto os acercáis, siempre más, al sufrimiento y a la muerte, lo que odias y temes más que todo.”

Esto es lo peor [...]

Cambiar tal condición es imposible [...] Se puede evitar el movimiento, el descanso, la comida y aun el respiro, pero no podemos substraernos del pensamiento. Uno piensa y ese pensamiento, *mi* pensamiento, está emponzoñando cada paso de mi vida como personalidad.

Tan pronto como un ser humano ha empezado a vivir conscientemente, esa conciencia empieza a repetirse, sin cesar, la misma cosa: “Ya no es posible vivir la existencia que sentiste y viste en tu pasado, la vida de los animales y de muchos seres humanos, vivida de *esa* forma que te indujo a ser lo que eres ahora. Si trataras de hacerlo, jamás podrías substraerte a luchar con todo el mundo de criaturas que viven como tú: por sus objetivos personales y entonces, estas criaturas, inevitablemente, te destruirán.” [...]

Cambiar dicha situación es imposible. No nos resta más que una cosa, que es lo que hace la persona que, empezando a vivir, transfiere sus objetivos de la vida fuera de sí, proponiéndose alcanzarlos. [...] A pesar de lo distante que los coloque de su personalidad, tan pronto como su mente se aclara, ninguno de estos objetivos lo satisfarán.

Bismarck ha unido Alemania y ahora gobierna a Europa. Si su razón ha irradiado un poco de luz sobre los resultados de su actividad, debe percibir, al igual que su cocinero que prepara una cena que dentro de una hora ya será devorada, la misma antinomia sin resolver entre la vanidad y la insensatez de toda su obra y la eternidad y la racionalidad de lo que existe para siempre. Si ellos pensarán en esto, ambos se pecatarían de lo siguiente, en primer lugar: la integridad de la cena de Bismarck se debe a la policía, mientras la integridad de Alemania al ejército, siempre que ambos: Bismarck y el cocinero, se mantengan vigilantes. Todo esto porque hay personas muertas de hambre que comerían de buen grado dicha cena y naciones que se alegrarían de ser tan poderosas como Alemania. En segundo lugar, se darían cuenta de que la cena de Bismarck y el portento del imperio teutónico no coinciden con las metas y los propósitos de la vida universal, sino que son tajantemente antitéticos con ellos. En tercer lugar, ya sea el cocinero o

el poderío alemán morirán en breve tiempo, por lo tanto, a la cena en cuestión y a Alemania se les depara el mismo destino. El único que sobrevivirá es el Universo, el cual jamás pensará en la cena ni en Alemania y, aun menos, en los que la cocinaron.

Cuando la condición intelectual humana crece, el individuo se da cuenta de que ninguna felicidad conectada con su personalidad es un logro, sino sólo una necesidad. La personalidad es sencillamente ese estado incipiente de la vida y el límite último de ésta [...]

Se me preguntará: ¿Dónde comienza y dónde termina la vida? ¿Dónde acaba la noche y dónde empieza el día? ¿Dónde, en la orilla, termina el dominio del océano y comienza el de la tierra?

Hay día y hay noche; hay tierra y hay mar, hay vida y hay *ausencia* de vida.

Nuestra vida, desde que nos hicimos conscientes de ella, es un movimiento pendular entre dos límites.

Un límite es el desinterés absoluto por la vida del Universo infinito, una energía dirigida simplemente hacia la gratificación de la propia personalidad.

El otro límite es una renuncia completa de esa personalidad, el interés más profundo por la vida del Universo infinito, en plena armonía con él, el traspaso de todos nuestros deseos y buena voluntad desde uno mismo hacia ese Universo infinito y todas las criaturas fuera de nuestro perímetro.¹⁵

Mientras más nos acerquemos al primer límite, menos vida y dicha hay. Mientras más gravitemos hacia el segundo límite, más vida y dicha hay. Por ende, el ser humano siempre oscila de un extremo al otro: vive. *Este movimiento es la vida misma.*

Cuando hablo de la vida me estoy refiriendo, en mis concepciones, a la idea que está indisolublemente ligada con la de la vida *consciente*. No conozco, ni hay nadie que conozca, otro tipo de vida que no sea la vida consciente.

Con el término vida aludimos a la de los animales y a la vida orgánica. Pero ésta no es la vida; sólo es cierto estado o condición de vida que se nos manifiesta.

¿Qué es esta conciencia o mente, cuyas exigencias excluyen a la personalidad, transfiriendo la energía del ser humano fuera de él y en ese estado que para nosotros es el estado dichoso del amor?

¿Qué es la mente consciente? Cualquier cosa que queramos definir, hay que definirla con nuestra mente consciente. Entonces, ¿con qué definir a la mente? [...]

Si debemos definir todo con nuestra mente, es obvio que la mente consciente no puede definirse.

Sin embargo, nosotros, no sólo la conocemos, sino que es la única cosa que conocemos realmente.

Es la misma ley como la de la vida, de todo lo orgánico, lo animal o lo vegetal, con la única diferencia que *vemos* la realización de una ley inteligente en la vida de una planta. Sin embargo, no *vemos* la ley de la mente consciente a la cual estamos sujetos, así como el árbol está sujeto a su ley, sino que la cumplimos [...]

Hemos convenido que la vida es lo que no es nuestra vida. Aquí acecha la raíz del error. En lugar de estudiar esa vida, de la cual estamos conscientes dentro de nosotros de forma absoluta y exclusiva; ya que no podemos conocer nada más, observamos lo que está desprovisto del factor y de la facultad más importantes de nuestra vida: la conciencia inteligente. Al comportarnos de esta forma actuamos como el estudiante de un objeto que se vale de su sombra o reflejo para llevar a cabo el estudio.

Si sabemos que, durante la transformación de las partículas de la sustancia, ellas están sujetas a la actividad del organismo, no depende del hecho de que hemos observado o estudiado tal proceso; sino, simplemente, porque poseemos cierto organismo familiar que está unido a nosotros: el organismo de nuestro animal, que conocemos muy bien como el material de nuestra vida, sobre el cual es nuestro deber trabajar y gobernar, sometiéndolo a la ley de la razón [...]. Tan pronto como el ser humano ha perdido su fe en la vida, tan pronto como ha transferido esa vida en lo que no es vida, se convierte en un infeliz y ve la muerte [...]. Aquél que concibe la vida tal como la encuentra en su conciencia, desconoce la infelicidad y la muerte; ya que para él, todo lo bueno de la vida estriba en la supeditación de su aspecto animal a la ley de la razón. Hacer lo cual no sólo está en su poder; sino que acontece en él inevitablemente. Estamos familiarizados con la muerte de las partículas en el ser animal. Conocemos la muerte de los animales y del ser humano como animal, pero ignoramos la muerte de la mente consciente y no podemos saber algo de esto *porque esa mente consciente es la vida misma* y la *Vida jamás puede ser Muerte* [...]

¹⁵ Esto es lo que los teósofos llamarían “vivir la vida.” –H.P.B.

El animal vive feliz, no ve la muerte, la desconoce y perece sin darse cuenta. ¿Por qué el ser humano debería haber recibido el don de verla y conocerla y por qué la muerte debería ser tan terrible para él, al grado que le tortura el alma, induciéndolo, a menudo, a suicidarse por el mero miedo a la muerte? ¿Por qué debería ser así? Porque el ser humano que ve la muerte es un enfermo, ha infringido la ley de su vida y ha cesado de vivir una existencia consciente. Se ha convertido en un animal, un animal que ha también infringido la ley de la vida.

La vida del ser humano es una aspiración a la dicha y a él se le entrega el objeto de su anhelo. La luz alumbrada en el alma humana es la dicha de la vida y esta luz jamás podrá ser tinieblas; ya que para el ser humano existe, en verdad, sólo esta luz solitaria que arde en su alma.

* * *

Hemos traducido este largo extracto del relato de la magnífica conferencia del Conde Tolstoi, porque es eco de las enseñanzas más sublimes de la ética universal de la verdadera teosofía. Su definición de la vida en el sentido abstracto y de la vida que cada teósofo serio debería seguir conforme y en la medida de sus capacidades *naturales*, es la síntesis y el Alfa y Omega de la vida práctica psíquica, como también la vida espiritual. La conferencia contiene frases que para el teósofo medio parecerán demasiado nebulosas y quizá incompletas. Sin embargo, no encontrará ninguna que el ocultista práctico más exigente impugne. Podríamos llamarlo un tratado sobre la Alquimia del Alma; ya que la luz “solitaria” en el ser humano que arde perpetuamente y que jamás puede ser tiniebla en su naturaleza intrínseca, aunque el “animal” fuera de nosotros puede no percibirla, es esa “Luz” acerca de la cual han sido escritos volúmenes por los Neoplatónicos de la escuela alejandrina y, después de ellos, por los Rosacruces y especialmente los Alquimistas, si bien actualmente, su verdadero sentido es un misterio oscuro para la mayoría de la gente. Es cierto que el Conde Tolstoi no es un alejandrino ni un teósofo moderno y aun menos un Rosacruz o un Alquimista. Sin embargo, el gran pensador ruso transfiere, del campo de la metafísica al de la vida práctica, lo que éstos han ocultado bajo una fraseología particular de los filósofos del Fuego, confundiendo a propósito las transmutaciones cósmicas con la Alquimia Espiritual. El Conde Tolstoi, sin dejar el plano terrenal, ha reunido todo lo que Schilling definiría como un percatarse de la identidad del sujeto y el objeto en el Ego interno humano, eso que une y cohesiona el Ego con el Alma universal, que es simplemente la identidad del sujeto y el objeto en un plano superior o la Deidad desconocida. Tolstoi es uno de esos pocos *electos* que empiezan con la intuición y terminan con una *parcial* omnisciencia. Ha alcanzado la transmutación de los metales inferiores, la *masa animal*, en oro y plata o la piedra filosofal, el desarrollo y la manifestación del Yo superior del ser humano. El *alcahest* del Alquimista menor es el *All-geist*, el Espíritu Divino omniabarcante del Iniciado superior; ya que, como pocos hoy en día saben, la Alquimia era y es una filosofía espiritual y una ciencia física. Aquel que desconoce la primera, no sabrá mucho de la segunda. Aristóteles, hablando a su discípulo Alejandro sobre la piedra filosofal, le dijo lo siguiente: “No es una piedra, *se encuentra en cada ser y en todo lugar*, en todas las estaciones y se le llama el *fin* de todos los filósofos”, así como la *Vedanta* es el *fin* de todas las filosofías. Como epílogo a este ensayo sobre la *Ciencia de la Vida*, agregamos unas palabras acerca del enigma eterno que la Esfinge profirió a los mortales. No lograr resolver el problema que contenía, implicaba ser destinado a una muerte segura; ya que la Esfinge de la vida devoraba al ser no intuitivo que vivía sólo en su “animal.” Aquél que vive para la personalidad y sólo por ella, fallecerá seguramente, como le dice el “Yo superior” al yo inferior o “animal”, en la conferencia de Tolstoi. El enigma consta de siete claves y el Conde penetra el misterio con una de las más elevadas, dado que, según el bello párrafo del autor de la “Filosofía Hermética”: “El auténtico misterio más familiar y al mismo tiempo más desconocido para cada ser humano, *en el cual debe iniciarse o perecer como un ateo, es él mismo*. Para él es el elixir de la vida, cuya libación antes del descubrimiento de la piedra filosofal implicaría beber el líquido de la muerte, el cual confiere al adepto y al *epoptes* la verdadera inmortalidad. Puede conocer la verdad en su autenticidad, *Aletheia*, el aliento de Dios o la Vida, la mente consciente en el ser humano.” Este es el “Alcahest que disuelve todo” y el Conde Tolstoi ha comprendido bien el enigma.

La Mente en la Naturaleza

Immensa es la presunción de la ciencia moderna y sin paralelo son sus logros. Los filósofos precristianos y medievales pueden haber dejado algunas huellas en minas inexploradas; pero el descubrimiento del oro puro y de las joyas inestimables se debe a la labor paciente del erudito moderno. Así declaran que el conocimiento real y genuino de la naturaleza del Kosmos y del ser humano, es un fruto reciente. La lozana planta moderna ha nacido de las malas hierbas mustias de las antiguas supersticiones.

Sin embargo, los estudiantes de Teosofía no comparten lo antedicho y afirman que no es suficiente usar las invectivas de Tyndall y de otros, según los cuales: “el pasado inculto tenía concepciones insostenibles”, para ocultar las minas intelectuales que contribuyeron a esculpir las reputaciones de numerosos filósofos y científicos modernos. Le corresponde a la posteridad imparcial decir cuántos de entre nuestros eximios científicos han derivado honor y crédito con simplemente embellecer las ideas de esos antiguos filósofos que siempre denigran. Sin embargo, la soberbia y la presunción han atezado el cerebro del docto medio como dos cánceres terribles, especialmente en el caso de los orientalistas, los estudiosos de sánscrito, los egiptólogos y los asiriólogos. A los orientalistas los guían (o quizá sólo pretenden ser guiados), por comentaristas post-Mahâbhârata,¹⁶ mientras los asiriólogos siguen la interpretación arbitraria de papiros compulsados con lo que éste o aquél escritor griego ha dicho o ha soslayado en silencio y se valen de inscripciones cuneiformes en tablillas de arcilla semidestruidas, que los asirios copiaron de registros “acado”-babilónicos. Entre ellos, hay una pléthora inclinada a olvidarse, en cada oportunidad conveniente, que los numerosos cambios idiomáticos, la fraseología alegórica y el sigilo evidente de los antiguos escritores místicos, los cuales, generalmente, se encuentran bajo la obligación de no divulgar jamás los secretos solemnes del santuario, pueden haber tristemente desviado tanto a los traductores como a los comentaristas. La mayoría de nuestros orientalistas, en lugar de admitir su ignorancia, prefieren permitir a la soberbia obnubilar la lógica y los poderes del raciocinio, afirmando, con orgullo, como lo hace el profesor Sayce,¹⁷ que han descifrado el verdadero significado de los antiguos símbolos religiosos y pueden interpretar los textos esotéricos con más acierto que los hierofantes iniciados caldeos o egipcios. Esto equivale a decir que los antiguos hierogramáticos y los sacerdotes, los inventores de todas las alegorías que servían para velar las numerosas verdades enseñadas durante las Iniciaciones, estaban completamente a oscuras de los textos sagrados que ellos mismos recopilaron o escribieron. Esto colinda con la otra ilusión de algunos estudiosos de sánscrito quienes, aunque jamás han estado en la India, pretenden que su conocimiento del acento sánscrito, su pronunciación y también el sentido de las alegorías védicas, superan a aquel de los más letrados entre los excelentes pundits brahmánicos y eruditos sanscritistas indos.

Después de esto no hay que maravillarse si el estudiante moderno interpreta literalmente la fraseología y los velos de nuestros alquimistas y cabalistas medievales; los eruditos en griego de las universidades de Oxford y Cambridge *corrigen* el griego y aun las ideas de Esquilo y las parábolas veladas de Platón se atribuyen a su “ignorancia.” Sin embargo, si los estudiantes de los idiomas muertos algo conocen, deberían saber que en la filosofía antigua y moderna se practica el estilo del determinismo extremo; que todo lo que se nos concede saber en la tierra desde el principio de la humanidad, estaba bajo la égida

¹⁶ Famoso poema épico de la India.

¹⁷ Véase las “Conferencias de Hibbert” en 1887, página 14-17, referentes al origen y desarrollo de la religión de los antiguos babilonios. En este contexto, el profesor A.H.Sayce dice que, si bien: “muchos de los textos sagrados se escribieron para que *sólo los iniciados* [yo puse el estilo bastardillo H.P.B.] los entendieran, una vez que poseían las claves y los escolios”, sin embargo, como “ahora tenemos” muchas de estas claves, él agrega que los orientalistas tienen “un indicio para interpretar estos documentos *que ni siquiera los sacerdotes iniciados poseían*.” (Pag. 17). El “indicio” al que alude, es la moda moderna, tan querida por Gladstone y tan mustia en su monotonía para la mayoría, según la cual, en cada símbolo de las religiones antiguas los orientalistas perciben un mito solar y cada vez que la oportunidad lo exija, lo degradan a un emblema sexual o fálico. De aquí deriva la declaración que: “mientras Gisdhubar era simplemente un paladín y un conquistador de la antigüedad,” para los orientalistas, quienes “pueden descifrar los mitos”, es sencillamente un héroe solar, quien era sólo el descendiente transformado de un Dios menor del Fuego.

segura de los Adeptos del santuario; que las diferencias en los credos y en la práctica religiosa eran sólo externas y que estos custodios de la primitiva revelación divina, los cuales habían resuelto todo problema asible por el intelecto humano, estaban unidos por una francmasonería universal de ciencia y filosofía, formando así una cadena ininterrumpida alrededor del globo. Le corresponde a la filología y a los orientalistas esforzarse por encontrar la punta del hilo. Pero si siguen buscándola sólo en una dirección que además es la equivocada, nunca descubrirán la verdad ni el hecho. Así, es el deber de la psicología y la teosofía ayudar al mundo para que alcancen la verdad y el hecho. Hay que estudiar las religiones orientales a la luz de la filosofía oriental y no occidental y si ustedes logran desatar un sólo eslabón de los antiguos sistemas religiosos, la cadena del misterio puede soltarse. Para llevar a cabo esto, no se debe concordar con los que enseñan que es antifilosófico investigar en las causas primeras y que todo lo que podemos hacer es considerar sus efectos físicos. La naturaleza física circunfiere el campo de la investigación científica, por lo tanto, una vez alcanzados los límites materiales, la investigación debe detenerse y el trabajo debe volver a empezar. Como al teósofo no le gusta caer en un círculo vicioso, debe rechazar seguir la orientación de los materialistas. El sabe, en todo caso, que según la antigua doctrina, las revoluciones del mundo físico corresponden con revoluciones análogas en el mundo intelectual; ya que en el universo, la evolución espiritual procede de forma cíclica como la física. ¿Quizá en la historia no discernimos un alternarse regular de flujo y reflujo en la marea del progreso humano? ¿Acaso no percibimos en la historia y también en el ámbito de nuestra experiencia, que los grandes reinos del mundo, después de haber alcanzado su apogeo, vuelven a descender en armonía con la misma ley mediante la cual ascendieron? Esto acontece hasta que llegan a su punto más bajo, momento en que la humanidad se reafirma y vuelve a subir y, mediante esta ley de progreso ascendente cíclico, su pináculo es un poco superior al punto desde el cual bajó. Los reinos y los imperios están sujetos a las mismas leyes cíclicas que las plantas, las razas y toda cosa en el Kosmos.

No es una químera la división histórica de la humanidad en lo que los hindúes llaman Sattva, Tretya, Dvâpara y Kali Yugas, mientras los griegos los definen como “las Edades de Oro, de Plata, de Bronce y de Hierro.” Lo mismo es discernible en la literatura humana. A una edad de gran inspiración y productividad espontánea, le sucede, invariablemente, una de crítica y análisis. La primera proporciona el material para el intelecto analítico y crítico de la otra. “Este es el momento idóneo para reexaminar las antiguas filosofías. Los arqueólogos, los filólogos, los astrónomos, los químicos y los físicos se están acercando más y más al punto en que se verán obligados a considerarlas. La ciencia física ya ha alcanzado sus límites de exploración y la teología dogmática se da cuenta de que los manantiales de su inspiración están secándose. Está acercándose el día en que el mundo recibirá las pruebas de que sólo las religiones antiguas estaban en armonía con la naturaleza y la ciencia de antaño abarcaba todo lo cognoscible.” Volvemos a reiterar la profecía presentada en “Isis sin Velo” hace veinte años: “Los secretos mantenidos por mucho tiempo se revelarán; los libros caídos en el olvido y las artes perdidas desde hace un gran lapso, pueden sacarse nuevamente a la luz; papiros y pergaminos de importancia inestimables aparecerán en las manos de hombres que pretenderán haberlos desplegado de las momias o haber tropezado con ellos en las criptas sepultadas; también se exhumarán e interpretarán tablillas y columnas, cuyas revelaciones esculpidas desconcertarán a los teólogos y confundirán a los científicos. ¿Quién sabe las posibilidades del futuro? Muy pronto alboreará una era de desencanto y reconstrucción, mejor dicho, ya empezó. El ciclo casi ha llegado a sus postrimerías, uno nuevo está por comenzar y las páginas futuras de la historia pueden contener la prueba tajante de lo susodicho, corroborándolo plenamente.”

Desde los días que el párrafo anterior fue escrito, gran parte de su contenido se ha vuelto en una realidad: el descubrimiento de las tejas de arcilla asirias y sus archivos, han inducido a los intérpretes cristianos y librepensadores de las inscripciones cuneiformes, a alterar la edad del mundo.¹⁸

Hoy, la cronología de los Purânas hindúes reproducida en “La Doctrina Secreta” es objeto de escarnio, sin embargo llegará el momento en que será aceptada universalmente. Podríamos considerar esto una simple suposición, que será tal, sólo por el momento. En rigor, es simplemente una cuestión de tiempo. El asunto de la disputa entre los defensores de la sabiduría antigua y sus detractores legos y clericales estriba

¹⁸ Sargon, el primer monarca “semita” de Babilonia, el prototipo y el original de Moisés, ahora se hace remontar al 3.750 a. de J.C., mientras la Tercera Dinastía egipcia data, más o menos “6.000 años” y por lo tanto antecedería, algunos años, la creación del mundo, según la cronología bíblica. (Véase “Las Conferencias Hibbert sobre Babilonia” de A. H. Sayce, 1887, pag. 21-33).

en dos puntos: (a) la comprensión errónea de los antiguos filósofos por la carencia de las claves que los asiriólogos se ufanan haber encontrado y (b) las tendencias materialistas y antropomórficas de la edad. Esto no impide, para nada, que los darwinistas ni los filósofos materialistas excaven en las minas intelectuales de los antiguos, beneficiándose del caudal de ideas que ahí encuentran; ni detiene a los sacerdotes de descubrir dogmas cristianos en la filosofía platónica, llamándolos “presentimientos”, como demuestra el libro del doctor Lundy: “El Cristianismo Monumental” y otras obras del género.

Toda la literatura o lo que permanece de los escritos sacerdotales indos, egipcios, caldeos, persas, griegos y guatemaltecos (“Popol Vuh”), está pletórica de tales “presentimientos.” Las religiones primitivas, sin excepción, basándose en la misma piedra angular, los Misterios antiguos, reflejan las creencias más importantes entre las que en un tiempo eran universales, por ejemplo: un Principio impersonal, divino y universal, absoluto en su naturaleza e incognoscible para el intelecto “cerebral” o el conocimiento condicionado y limitado del ser humano. En el universo manifestado es imposible imaginarse quién pueda presenciar esto, si no la Mente Universal, el Alma del universo. Lo que por sí solo es una prueba eterna e incesante de la existencia del Principio Uno, es la presencia de un designio innegable en el mecanismo cósmico, el nacimiento, el desarrollo, la muerte y la transformación de todo lo existente en el universo, desde las estrellas silenciosas e inalcanzables al humilde líquen, desde el ser humano a las vidas invisibles que ahora llamamos microbios. De aquí la aceptación universal del “Pensamiento Divino”, el Anima Mundi (Alma del Mundo) de la antigüedad. Entre todas las doctrinas más antiguas ahora conocidas y creídas por la humanidad, se enumera la idea de Mahat, (el gran) Akâshâ o el aura de transformación de Brahmâ entre los hindúes, la idea de Alaya, “el Alma divina del pensamiento y de la compasión” de los místicos trans-himaláycos; la idea de la “Divinidad perpetuamente razonante” de Platón. Por lo tanto, no se puede decir que se originaron con Platón, Pitágoras ni con ninguno de los filósofos dentro del período histórico. Los Oráculos Caldeos dicen: “Las obras de la naturaleza coexisten con la Luz intelectual y espiritual del Padre; ya que es el Alma que adornó el inmenso cielo y que lo adorna como el Padre.”

“El mundo incorpóreo ya estaba completo y, teniendo su morada en la Razón Divina”, dice Philo, al cual se le tilda, injustamente, de derivar su filosofía de Platón.

En la Teogonía de Mochus vemos que el Eter es el primero y después le sigue el aire, los dos principios de los cuales nace Ulom, el Dios *inteligible* (el universo visible de materia).

En los himnos Orficos, el Eros-Fanes se desenvuelve del Huevo Espiritual que los vientos etéreos fecundan. El viento es el “Espíritu de Dios” que, según se dice, se mueve en el éter, “revoloteando sobre el Caos”, la “Idea” Divina. En el “Kathopanishad” hindú, Purusha, el Espíritu Divino, antecede la Materia original. De su unión nace la gran Alma del Mundo, “Mahâ-Atmâ, Brahm, el Espíritu de la Vida.” Estos términos son sinónimos de Alma Universal o Anima Mundi y la Luz Astral de los Teúrgos y los Cabalistas.

Pitágoras trajo sus doctrinas de los santuarios orientales y Platón, que las había aceptado completamente, las compiló en una forma más inteligible para la mente no iniciada, que los números pitagóricos misteriosos. Por lo tanto, para Platón, el Kosmos es “el Hijo”, cuyo padre y madre son el Pensamiento Divino y la Materia. El “Ser Primario”¹⁹ es una emanación de la Mente Universal o del Demiurgo, la cual contiene, desde la eternidad, la idea del “mundo a crear” dentro de sí, cuya idea, el Logos inmanifestado la produce de Sí. La primera Idea “nacida en la obscuridad antes de la creación del mundo”, permanece en la Mente inmanifestada; la segunda es esta Idea que se desprende de la Mente (ahora el Logos manifestado), como un reflejo que se reviste de materia, asumiendo una existencia objetiva.

¹⁹ Para los teósofos son *Seres*, en cuanto son la agregación colectiva de los Rayos divinos.